

LIORENS
TURTRES

ALPHABETUM
LIONENSIS

1660
213

Luis Lloréns Torres

AL PIE
DE LA
ALHAMBRA

GRANADA

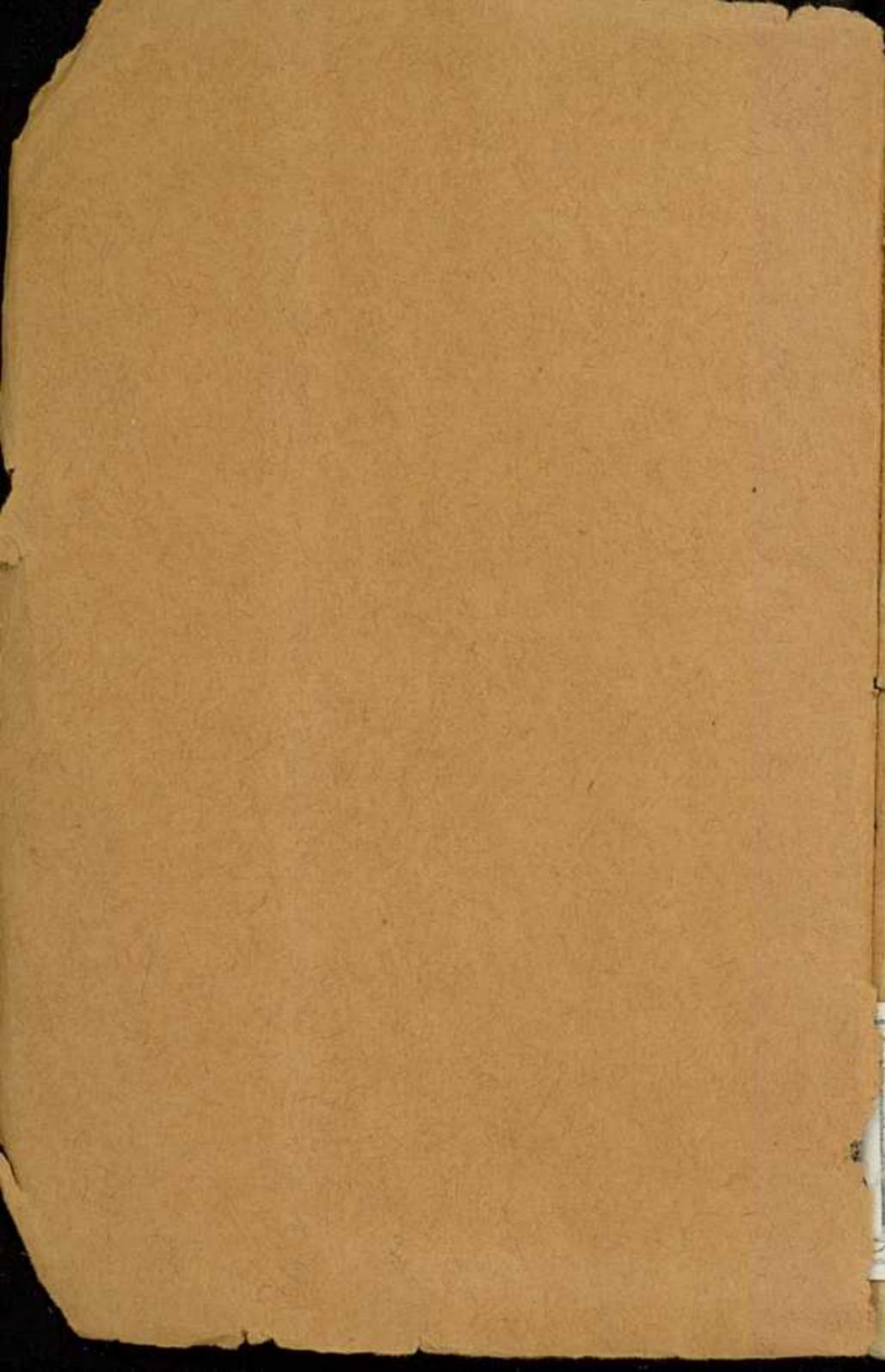
1899





0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

AL PIE DE LA ALHAMBRA



AL PIE DE LA ALHAMBRA

122707074

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	0
Estante:	6
Numero:	213

AL PIE DE
LA ALHAMBRA
VERSOS

PRECEDIDOS DE UN ESTUDIO CRÍTICO

ACERCA DE

GRANADA Y SUS PRINCIPALES LITERATOS

POR

Luis Lloréns Torres

GRANADA

Viuda é Hijos de Sabatel
52, Mesones, 52

MADRID

Victoriano Suárez
Preciados, 48

BARCELONA

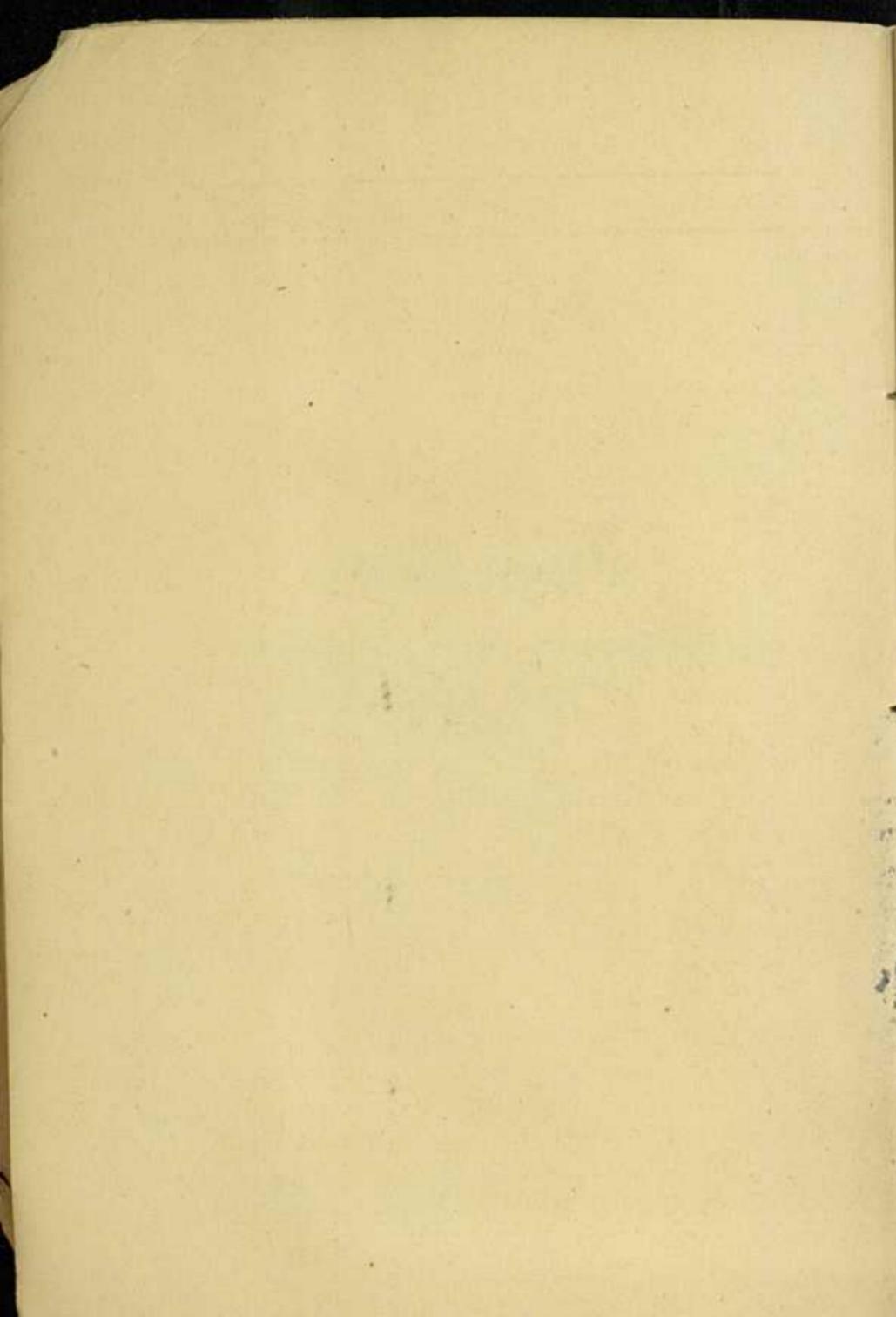
Penella y Bosch
Ronda de la Universidad, 3

Es propiedad

Granada.—Tip. Lit. Vda. e Hijos de Sabatel.

PRÓLOGO

(Estudio crítico acerca de Granada
y algunos de sus principales
literatos)



Y va de prólogo... Antes, yo pensaba que estos preliminares eran indispensables en toda obra literaria, aun en la más perfecta; pero corrió el tiempo, varié de opinión, y hoy, creo que ningún libro, aunque sea peor escrito que éste, necesita tales introducciones. El lector se introduce solo, ó no se introduce, sin que nadie le inste, lee lo que más le llame la atención ó aquello que le parezca mejor, y continúa leyendo, si le gusta la obra, ó deja de leer y cierra el libro, cuando no le place la lectura. Porque ya sé todo eso, ahora soy enemigo de cuanto parezca preámbulo, introducción y demás zandajas de índole semejante. Sin embargo, en pugna con mi misma opinión, aquí estoy yo, dando comienzos á este prólogo.

Porque, si existe en el mundo un libro que necesite ir precedido de algunas explicaciones, dicho libro tiene que ser éste, el peor de los muchos que se han escrito y escribirán. Yo no puedo dejar de satisfacer el deseo ya viejo en mí, de escribir unas cuantas líneas acerca de Granada y sus hombres, sus mujeres, sus bellezas, su literatura... Es, además, necesario que yo exponga las

razones que he tenido para abusar del público, atreviéndome dar á luz un libro de versos que no tienen otro mérito que el haber sido escritos por mí. Yo, poeta y autor de un libro de versos, yo, que siempre juzgué cosa muy fina eso de buscar consonantes y medir endecasílabos. Yo, poeta. ¡Ser poeta! Esta es una idea que halaga y saca de su quicio al más pintado; y á mí, que no soy menos que nadie, tenía que seducirme también.

Vivir en Granada, viendo sus cármenes, contemplando su Alhambra, admirando sus mujeres... ¡y no escribir versos! Imposible. Estar enamorado, acudir todas las noches á la reja, sentir muy cerca el dulce calor de una mujer, mirar sus ojos azules brillando en medio de jazmines y capullos de rosas, escuchar su voz, percibir sus suspiros... ¡y no escribir versos! Tampoco se concibe. Por tanto, era menester que yo escribiese versos, y los escribí. Y como jamás trabajé en vano, y soy de aquellos que no se paran en pelillos, una vez escritos los versos, concebí la criminal idea de publicarlos. Y—ya lo ven ustedes—los publiqué; y aquí estoy, en el lugar del crimen, esperando tranquilamente el fallo, con la triste serenidad del reo que sabe de antemano la pena que le van á imponer.



Es costumbre vieja en mí, cuando llego á una población, examinarla minuciosamente, estudiar el carácter y costumbres de sus moradores, y fijarme hasta en los detalles más insignificantes. He visitado muchas ciudades de Europa y América, y siempre me he dejado

arrastrar por esa manía. Y no es porque me suceda lo que á la mayor parte de los escritores jóvenes, que tan pronto como se creen literatos, se meten de pies á cabeza en el mar de la crítica, donde á los que no zozobran les ocurre que, como el sujeto de no s: qué historia, comienzan queriendo ser críticos y concluyen siendo criticados. Juro que tal no fué el espíritu que me animó cuantas veces tomé la pluma para escribir mis observaciones; y la prueba de que no miento es que aún no han visto la luz ninguno de los muchos artículos que llevo escritos y corregidos, los cuales son tantos como pueblos he visto, y los cuales reservo para un libro que pienso publicar, allá en mejores tiempos, cuando mi cabello blanco sea como firme testimonio que acredite mi veracidad.

Sin embargo, esta vez rompo con las reglas de mi antigua conducta, y desde Granada lanzo á la publicidad las presentes líneas, referentes á la citada población, no para dar una completa idea de lo que ella es y de lo que encierra, sino para decir lo que la pereza y somnolencia de los granadinos no han dejado que se sepa.

Escritores nacionales y extranjeros, que han vivido aquí largo tiempo, y muchos literatos regionales, han descrito con destreza incomparable las múltiples bellezas de esta ciudad: su inimitable Alhambra, su preciosa vega, sus cristalinos ríos, su dulce clima, su admirable cielo, su imponente Sierra Nevada, sus monumentos, sus antiguos arrabales...

No he de ocuparme en repetir lo que tantos autores han dicho; pero sí haré notar que en todas las be-

llezas de este pueblo, en sus palacios moriscos, en sus modernos cármenes, en sus contornos, en todo se deja ver algo así como una melancolía sublime. Quiero decir que por todas partes domina la nota triste. Triste, muy triste, es la Alhambra; bellísima, pero triste también, la vega, la famosa vega granadina; tristes los monumentos, las noches de luna, y hasta las auroras son tristes en esta ciudad.

Dado el objeto de este artículo, me he visto precisado á hacer las precedentes observaciones; porque esa melancolía, esa tristeza, desempeña un papel importantísimo en cuanto á Granada se refiere: en su escultura, en su pintura, en todas las manifestaciones del arte, y, principalmente, en su literatura.

Tampoco quiero hablar del carácter de los granadinos, el cual, por regla general, es melancólico. Sólo diré que estas mujeres, las más bellas de España, difieren mucho de las del resto de Andalucía. Parece que han heredado el misticismo de los árabes; pero no es ésta la causa: conozco muchas, de quienes no puede decirse que tengan sangre musulmana, y, no obstante, son tristes; es que se contagian en medio de tanta tristeza. Aun más, estoy por creer que si aquí se educara una francesa, acabaría por ser triste también... Pero noto que me voy apartando del objeto que me propuse. Yo sólo quiero hablar, aunque muy sucintamente, de la literatura granadina.

*
* *

En esta literatura, repito, la nota triste domina y se

deja ver más y mejor que en las otras manifestaciones del arte. No es esto afirmar que todos los escritores granadinos hayan caído en tan hermoso fatalismo literario, no. Bien sé de muchos que pecaron por el defecto contrario; pero advierto que éstos, si torcieron sus inclinaciones, fué porque abandonaron su tierra: unos, en Madrid, bastardearon su carácter, dejándose arrastrar por las nuevas corrientes; otros, en el extranjero, puestos en contacto con hombres de distintas naciones, y respirando el ambiente de las grandes urbes, se dejaron influir por estos elementos. Basta, como ejemplo, el malogrado Ángel Ganivet, en cuya vida literaria pueden señalarse tres fases, perfectamente caracterizadas: en la primera, Ganivet era un poeta, (no quiero decir que escribiese versos) y, como poeta, colocado bajo la influencia moral del medio en que vivía, es decir, un soñador granadino, como la mayor parte de los literatos que aquí conozco; en la segunda, cuando Ganivet salió de España, y viajó por pueblos extraños, éstos influyeron grandemente en la transformación de su carácter, y nuestro poeta, pretendiendo entonces romper con el sensualismo místico que dominaba en todas sus obras, quiso, pero no pudo lograrlo totalmente, dejar de ser el antiguo escritor granadino; y, en su tercera fase, vuelve Ganivet á lo que fué en su principio, pero vuelve perfeccionado, con más experiencia, con más dominio sobre sí y sobre el idioma, con más ilustración.

Para probar cuanto acabo de decir del desgraciado autor, debo añadir algo acerca de su obra póstuma, el hermoso drama titulado *El escultor de su alma*. El obje-

to en este drama es describir la vida de un hombre que, aunque honrado, trabajador, querido y respetado, sin embargo no es dichoso, porque no quiere ser lo que es, Pedro Mártir, el protagonista, no acepta la dicha que le rodea, porque no es obra exclusiva suya. En su carácter, en su felicidad, influyeron Dios y otras entidades en que él no cree. Por eso rompe con todos los lazos, se separa de su familia, abandona su taller y se aleja de su patria; porque se juzga capaz de levantarse nuevamente y formarse una felicidad propia, creada por él. En esta lucha envejece, sin haber conseguido el ideal que buscaba y sin tener tiempo para volver á su centro, porque una fuerza superior le petrifica en el mismo instante en que la duda, precursora de la fe, quiere penetrar en su cerebro. Indudablemente, Ganivet ha querido decirnos que los hombres se estrellan siempre en su lucha contra las eternas leyes del mundo. Para ello, se ha valido de símbolos, y en esto consisten principalmente la belleza y la originalidad del drama. Sin embargo, ambas perfecciones han sido aquí muy discutidas. En la redacción de *El Defensor de Granada*, uno de los mejores periódicos de Andalucía, se reúnen algunas noches los principales literatos de esta Capital; y allí presencié la polémica que varios sostenían acerca de la célebre obra. Nicolás María López, el compañero, el amigo predilecto de Ganivet, la defendió con calor de los ataques de otros ilustres escritores, entre los cuales distinguióse un catedrático que fundaba su crítica en la obscuridad del drama. Verdad que éste peca por una obscuridad extremada, y cierto que no fué bien digerido por el público, poco

acostumbrado á tal clase de obras; pero de esto á aceptar que carezca de bellezas de todo género, hay un millón de escalones. Decía el citado catedrático que la belleza es intuitiva, perceptible por doctos é ignorantes, y que, pues las bellezas del drama no se veían á primera vista, el drama carecía de bellezas. Con nada de eso puedo estar conforme. Yo creo que, aunque la ciencia y el arte se propongan el mismo fin, el cual no es otro que la verdad, llegan á él por distintos caminos, por caminos enteramente opuestos. El fin que se propone la ciencia es desenterrar la verdad, desnudarla, quitarle los adornos que puedan obscurecerla, y presentarla limpia, clara y transparente á los ojos de todo el mundo. El arte, por el contrario, encuentra la verdad desnuda, y la viste, la engalana y la disfraza con hermosos atavíos, ó lo que es lo mismo, toma la verdad del mundo real, la oculta bajo un velo y la transforma en verdad del mundo ideal. Ahora bien, los velos que cubren la verdad y la convierten en verdad estética, pueden ser más ó menos espesos, más ó menos tupidos; y de estas condiciones depende el que la belleza, la verdad estética, sea más ó menos perceptible por los sentidos. Muchas obras, que hoy son aplaudidas con frenesí, fueron despreciadas en otros tiempos.

Indudablemente, *El escultor de su alma* es una joya de la literatura castellana, y en dicha obra el autor se propuso lo que ningun granadino ha adivinado, se propuso referirnos su propia historia. Él, Ganivet, es el protagonista de su drama. No se puede negar que el infortunado literato, cuando escribía las primeras esce-

nas, ya sospechaba su trágica muerte, su muerte en la tierra, su inmortalidad en la literatura patria.

Fuera parte del citado Ganivet y de algún otro autor, en el carácter literario de los granadinos, se deja ver la influencia, al través de los años, del pueblo árabe, con todo su sensualismo, sus nostalgias hacia lo infinito y obscuro, su pereza, su somnolencia, sus ideas místicas... Voy á citar los nombres y las obras de algunos escritores, que he tenido el honor de conocer, en los pocos meses que llevo de permanencia en esta ciudad; pero comenzaré hablando de Nicolás M.^a López y de su último libro, titulado *Tristeza andaluza*. La reciente publicación de dicha obra hace que estas líneas no carezcan por completo de actualidad.

En España sucede con frecuencia que los hombres que verdaderamente valen, permanecen olvidados, si no desconocidos, mientras en los altos puestos se pavonean otros que han subido hasta allí arrastrándose como las culebras. Á Ganivet nadie lo conocía, y sólo después de muerto, los periódicos han dado noticias de su paso por la tierra. Por eso ahora vengo á ocuparme del autor de *Tristeza andaluza*, Nicolás M.^a López, amigo y compañero inseparable de Ganivet. Es el Sr. López el escritor que mejor ha sabido interpretar la manera de pensar, sentir y querer de sus paisanos. Yo descubro en él á otro Ganivet, pero sin los defectos de Ganivet. En su libro *Tristeza andaluza*, he visto la obra perfecta de un poeta filósofo ó de un filósofo poeta. En el señor López, he conocido á un artista, tal como yo creía que debía ser el artista, sin haberlo leído en ningún libro. En *Tristeza*

andaluza, he saboreado una verdadera obra literaria.

En el vasto campo del arte en general, y especialmente en el de la literatura, hay más de mil escuelas y más de mil opiniones, acerca de lo que es y debe ser el arte y respecto al fin que debe proponerse todo autor. Aunque humilde, he creído que también tengo derecho á juzgar estas cosas á mi manera. Nadie ignora, ni puede ignorar, que existe un mundo, el mundo que todos vemos, el cielo cubierto de estrellas y nubes, la tierra llena de montañas, ríos, hombres, animales y plantas; por todas partes, bosques espesos, verdes campiñas, jardines floridos; por donde quiera, notas tristes, notas alegres, notas que ni son alegres ni tristes: esto, que todos vemos, constituye el mundo real. Nadie negará tampoco que existe otro mundo, que unos llamarán mundo ideal y otros mundo de la imaginación. Este mundo ideal ó mundo de la imaginación, como quiera llamársele, es análogo al mundo real; es el mismo mundo real perfeccionado, adornado con las galas de la poesía; es el mismo mundo real lleno de montañas, ríos, hombres, animales y plantas. Pero se diferencia de éste, en que en aquél los astros brillan con más esplendor, las montañas son más elevadas, los bosques más espesos, los árboles más gigantes, los ríos más caudalosos, las fieras más temibles, los hombres más héroes, las mujeres más hermosas... En una palabra, el mundo ideal es otro mundo análogo y superior al real y que sólo existe en la imaginación del artista. Por tanto, el fin que han de proponerse el artista y el poeta consiste en presentar en forma sensible las escenas y paisajes

del mundo ideal. Por esto yo, entendiéndolo á mi manera, estoy conforme con los que dicen que el arte es la reproducción sensible de la vida ideal.

Ese mundo ideal, que existe en la imaginación de todo poeta, puede ser más ó menos bello, pero siempre superior al mundo real; y en esto, y en los diferentes modos de hacer sensible la belleza, consiste el que los poetas sean más ó menos buenos. En Gustavo Bécquer se reunían ambas condiciones: su mundo ideal era muy grande, superior al de casi todos los poetas españoles, y su forma de expresión era también inmejorable. Con los mismos ojos he contemplado á Nicolás M.^a López: su mundo ideal se parece mucho al de Bécquer, y en él hay paisajes tan bellos como algunos del famoso autor de las *Rimas* y *Leyendas*. Y, por lo que se refiere al estilo ó al ropaje artístico del pensamiento, basta leer el *Prólogo* á la conocida obra *Cartas Finlandesas*, (de Ganivet) para convencerse de lo que vale el señor López, como ameno literato, como prudente crítico y como escritor correcto y elegante.

Al lado de Nicolás M.^a López y en la misma altura que éste, brilla en Granada otro escritor notable, sobradamente conocido por sus dos novelas *Teresa* y *Arrenquín*, y, principalmente, por su preciosa obra *Granadinas* que es una colección de artículos literarios en los que el autor (¿quién no conoce aquí al señor Méndez Vellido?), con su inimitable pluma maestra, describe primorosamente tipos y paisajes de esta comarca y narra leyendas y cuentos y pinta con vivos colores escenas y cuadros de costumbres granadinas.

Como el águila que anida siempre en las cimas de las montañas, allá, en lo más alto del viejo Albaicín, solázase, escribiendo sus populares *Siluetas*, el laureado vate Afán de Ribera, autor de una porción de obras en verso y prosa, eterno cantor de antiguas tradiciones, y recientemente elogiado, en diarios y revistas, por propios y extraños, con motivo de su último libro *Entre Beiro y Dauro*. Dicho poeta, fecundísimo, como casi todos los andaluces, es además autor de las celebradas obras *Cosas de Granada*, *Noches del Albaicín*, *Á orillas del Dauro*, *Fiestas populares de Granada*, *Tradiciones y Leyendas* y otras muchas.

Como vigorosos nervios que sostienen y ponen en movimiento esta falange de escritores granadinos, debo citar aquí á los hermanos Seco de Lucena, directores del popular y bien escrito periódico *El Defensor de Granada*, en cuyas columnas ambos han luchado y luchan todavía, defendiendo siempre los intereses de esta provincia, contra los despojos de que viene siendo objeto, desde hace muchos años, por razón de impolíticas miras de malos gobernantes. D. Luis Seco es además conocido y figura entre los principales literatos españoles, por los excelentes libros que ha publicado: *Las Cruzadas* (estudio histórico), *Granada-Murcia* (con motivo de las inundaciones del 1879 y á beneficio de los inundados), *La Ciudad de Granada* (estudio histórico y artístico), obra que promete ser muy voluminosa y completa, y de la cual van publicados dos cuadernos; *Colección escogida de poesías y pensamientos del álbum de la Alhambra*, de cuyo libro se han hecho ya varias

ediciones, todas agotadas; *Guía de Granada* (edición manual) y algunas otras que ahora no recuerdo. Sumamente dignos de elogio son también los innumerables artículos que ha publicado en multitud de periódicos españoles, y principalmente en *El Defensor*, diario político y literario fundado hace mucho tiempo y del cual es actualmente director el notable literato D. Francisco Seco de Lucena. Este distinguido publicista, que es á la vez poeta, historiador, abogado y periodista notable, es más bien conocido en Granada como orador enérgico y elocuente. Y, en efecto, aunque nadie niega el mérito de sus artículos históricos (*La Noche-Buena de 1568 en la Alpujarra*, *La matanza de Juviles*, en 18 de Enero de 1569, *El asalto de los Guajares*, en 12 de Febrero de 1569, y otros), aunque todos le respetamos como crítico, desde que publicó su interesante juicio acerca del *Idearium Español* (de Ganivet), no obstante, forzoso es reconocer que donde ha llegado á más altura es en sus elocuentes discursos, forenses y académicos.

Y ahora voy á nombrar á un gran poeta, D. Miguel Gutiérrez, Catedrático de Retórica y Poética, premiado con la flor natural en los últimos Juegos Florales celebrados en Granada, y autor de preciosísimas poesías, notables todas por la brillantez de las imágenes, por lo escogido de las palabras, por la erudición que revelan, y, sobre todo, por la asombrosa facilidad con que parecen escritas.

Al lado de este último literato, brillan en esta población otros poetas de reconocidos méritos. Entre éstos,

figura Miguel M.^a Pareja, autor de excelentes artículos literarios, que ahora prepara una novela interesantísima, y en cuyas manos la lira es un instrumento que ríe como un niño, llora como una madre y suspira como una mujer; Sánchez Gerona, cuya inquietísima pluma lo mismo escribe gitanescos chistes que cultas agudezas; Vico y Brayo, cantor de los antiguos esplendores de esta ciudad, é ilustrado literato, autor de un drama histórico, que acaba de publicarse, titulado *La Conquista de Granada*, con cuya lectura recordamos las hazañas de aquellos valientes cristianos que en el siglo XV fueron terror y espanto de la Corte Nazarita; y otros muchos, que siento no conocer, para honrar con sus nombres estas páginas.

No como poetas, pero sí como correctísimos escritores, suenan por ahí los nombres de Gago Palomo, insigne novelista y castizo literato, justamente celebrado en todas las regiones de España; Elías Pelayo, escritor de severo y elegante estilo; Almodóvar, poeta delicadísimo; Marín, ameno autor del bien escrito folleto *La Suiza Andaluza* (crónica de una excursión á la Sierra Nevada); Traveset, literato de fácil y correcto estilo; Castroviejo, autor del interesante folleto *De Granada á Roma y regreso*; Zambrano, escritor correcto y fecundo; Alderete, poeta y novelista notable, etc.; y muchos que no he tenido el honor de conocer, como Santa Cruz, Velázquez, García, Mendoza, Aguilera, Villarreal, González Garbín y tantísimos otros, entre los cuales cuento los redactores de los populares periódicos *El Heraldó Granadino* y *La Publicidad*.

Entre ese grupo numeroso de inteligentes prosistas, figura D. Francisco de P.^a Valladar, director del periódico *La Alhambra* y autor de interesantísimas obras, entre las cuales es principalmente digna de mención la que vió la luz en 1892 con el título *Colón en Santafé y Granada*, que es un estudio histórico valiosísimo, aunque contenga errores disculpables, como el de suponer á los hermanos Pinzón dueños de alguna de las naos, siendo así que hoy está plenamente averiguado todo lo relativo á la propiedad de las tres carabelas, y consta que Pinzón no era dueño de ninguna (1), aunque así lo hayan afirmado Washington Irving y otros historiadores, antes que el señor Valladar. Sin embargo, no obsta este error para que la obra *Colón en Santafé* figure en el número de las principales que se escribieron con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Y aquí doy fin á este mal escrito resumen de la literatura granadina.

*
* *

No quisiera decir nada acerca de este insignificante libro, porque sé de sobras que no debo ocuparme de mí, en este prólogo, donde hablo de tantos y tan inteligentes escritores; pero, contando con la benevolencia de todos, nuevamente dejo que mi pluma se extravíe en estas últimas cuartillas.

(1) Acerca de este particular, puede consultarse mi libro *América (Estudios históricos y filológicos)*. Cap. II, Sección II, pág. 73.

Siempre he creído que escribir libros de versos malos es lo mismo que no escribir nada. Y esta creencia, lejos de mortificarme, produce en mí la satisfacción de suponer que soy un ser inofensivo, como los verdaderos poetas, y aleja los remordimientos que pudieran empañar mi conciencia; porque, bien es sabido de todos, aunque nadie lo haya dicho, que el que nada hace, no hace gran cosa, pero tampoco peca.

Hace un año que vivo en esta hermosa ciudad, y durante ese año, he escrito todos los versos que forman el contenido de este volumen. Las ideas y las imágenes, que el lector descubra en ellos, no han sido concebidas por mí, mejor dicho, yo no he trabajado ni menos me he esforzado en buscarlas: ellas vinieron á mí, acudieron á mi mente, en aquellas deslumbrantes mañanas de primavera, en que yo salía á pasearme por las orillas del Darro; en las soñolientas tardes de invierno, en que tantas veces he contemplado las variaciones de color que experimentan las nevadas cumbres de la Sierra, al hundirse el sol en el ocaso; ó en las apacibles noches de verano, en aquellas dulces noches en que yo, con el alma en los ojos, miraba los rayos de la luna prolongarse en los dorados rizos de una mujer...

...Los ayes de las cuerdas, que gemían
bajo sus dedos suaves y rosados,
el eco de las fuentes repetían,
el ruido de las hojas semejaban...
Y sus rubios cabellos, destrenzados,
los rayos de la luna prolongaban.

Yo no he hecho más que escribir, en forma de versos,—y de versos malos—los pensamientos, más ó menos bellos, que aquí se le ocurren á cualquiera, al más indiferente, que se detenga un momento á contemplar los bellísimos paisajes de este panorama encantador.

No espero que ningún crítico, de los muchos que existen en todas partes, se tome la molestia de examinar estos versos, aunque sólo sea para censurarlos. No tengo tal esperanza; mas, como todo es posible, y pudiera darse el caso de que alguien lo intentara, no está de más que yo advierta—y ténganse por muy sinceras mis palabras—que sé perfectamente que la mayor parte de estas composiciones son incorrectas y de poco valor poético, aun más, conozco los defectos de algunas y he notado las incorrecciones gramaticales de otras, las cuales no he mejorado ni corregido, á causa de la excesiva prisa con que he tenido que entregarlas en la imprenta. Me parece que esas consideraciones, por una parte, y, por otra, la seguridad de que este libro será leído por muy pocas personas, son razones más que suficientes para que el severo crítico guarde esta vez la pluma y me deje dormir tranquilamente el sueño de los desconocidos, ya que no es menester desplumar el ave que nace sin alas, y no es hazaña grande contar los pasos del hombre que camina poco.

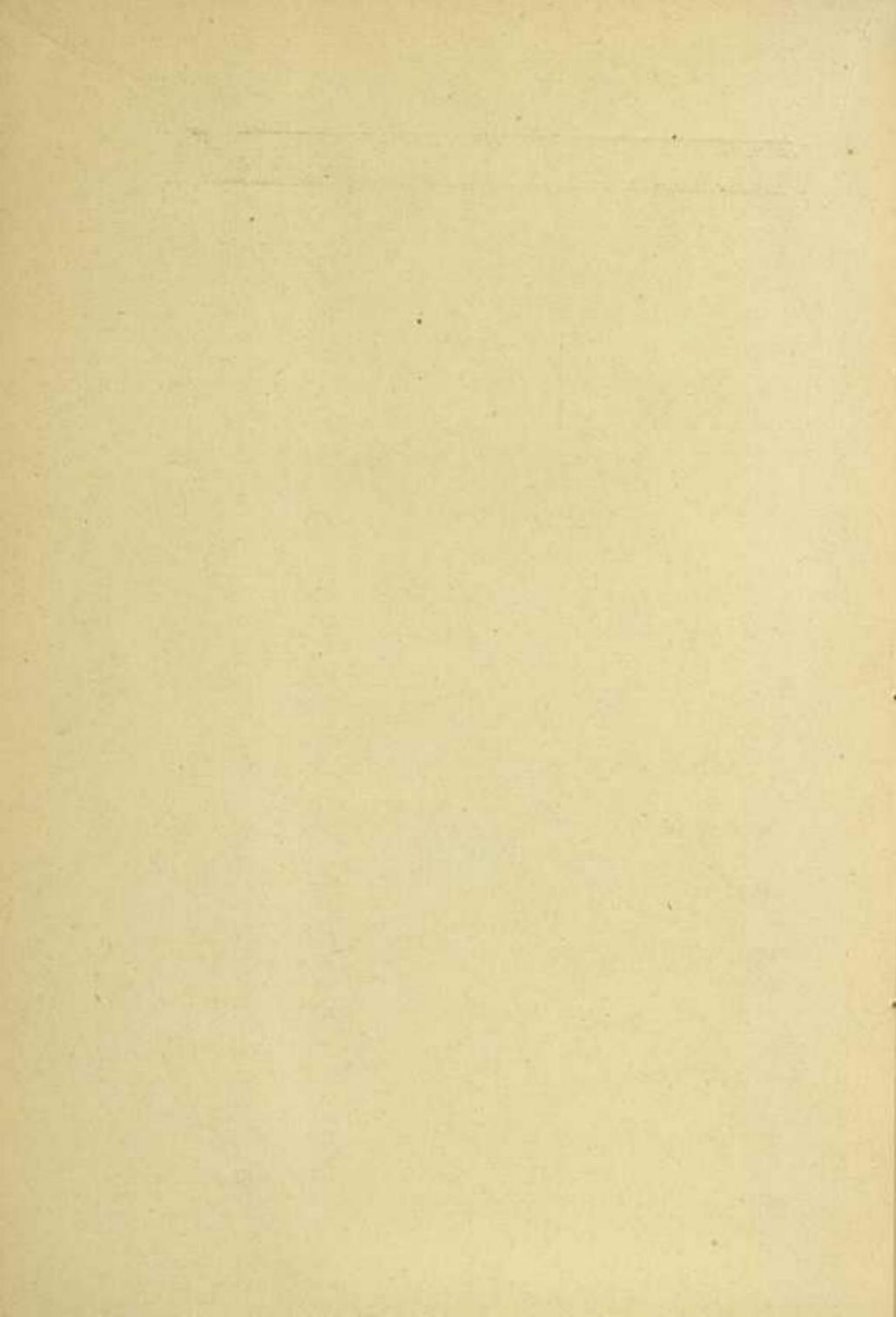
Y, para terminar este prólogo, cumpliendo un deber de gratitud, envío, con estos últimos renglones, las más expresivas gracias á mis distinguidos amigos los insignes escritores D. José Fernández Bremón, D. M. Menéndez Pelayo, D. Jose M. Asensio (y demás ilustres

miembros de la Real Academia de la Historia), y á cuantos literatos españoles y americanos tuvieron la bondad de tributarme innmerecidos elogios, en cartas y periódicos, con motivo de la publicación de mi anterior obra *América (Estudios históricos y filológicos)*.

El Autor.

Granada, Noviembre 1.º del 1899.







DEDICATORIA

A Carmita Rivero

*Tú, la musa gentil de azules ojos,
más azules que el cielo en primavera;
la de los labios dulces,
más dulces que la miel de las abejas;
y la del cuerpo blanco,
más blanco que la nieve de la Sierra;
tú, que eres tan sensible,
tan hermosa, tan bella...*

*Tú eres la inspiradora
de estas canciones que hasta tí se elevan;
tú eres la viva fuente donde nacen
mis oscuras visiones de poeta,
mis alegres idilios
y mis tristes endechas...*

*Por eso, agradecido, yo te ofrezco
este pequeño libro, que no encierra
encantos, ni primores,
ni galas literarias, ni bellezas;
pero es la breve historia
de mi pasión inmensa,
escrita suspirando
y con la mano trémula,
sintiendo la añoranza
de tus miradas tiernas,
aquí solo en mi alcoba,*

en noches de placer ó de tristeza...

*¡Ay, si mis pobres versos
no son ni valen lo que yo quisiera,
no es porque tú, la musa que me inspira,
otros cantos mejores no merezcas...*

*Perdóname, bien mío,
perdona que pretenda
cantar en esa altura,
cantar cerca de tí tanta grandeza!*

*Los versos de este álbum,
que te dedico, como humilde ofrenda,
son mis primeros versos, y es posible
que mis últimos cantos también sean.*

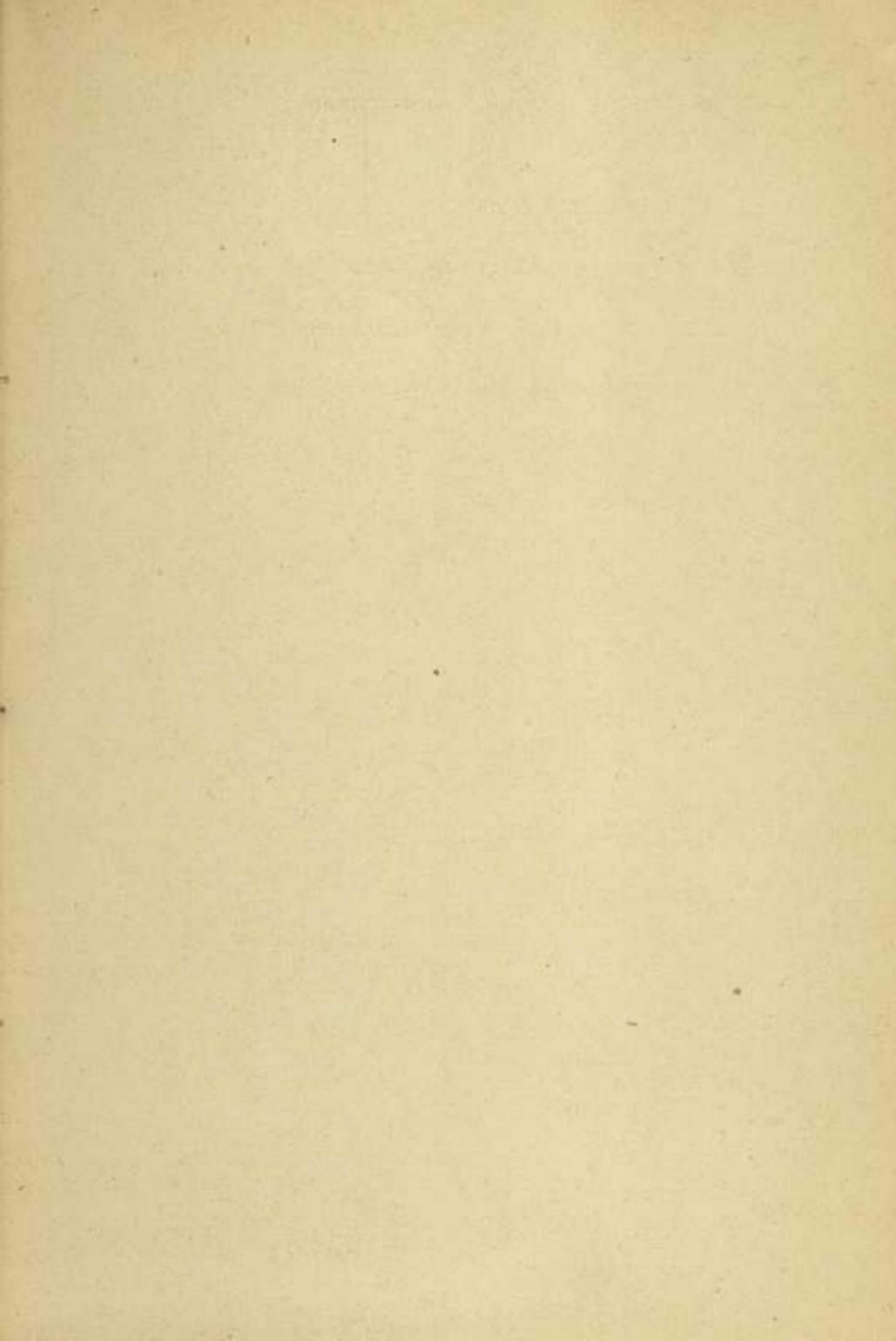
*Soy joven: es verdad; mas, de mi lira
ya están rotas las cuerdas,
y jamás vibrarán, hasta el momento
en que tú te entristezcas*

*y mi lira compongas
con hebras de tu rubia cabellera...
¡Entonces sí que nacerán triunfando
las canciones de amor de tu poeta!*

Luis Lloréns Torres.

Granada, 30 de Marzo de 1899.



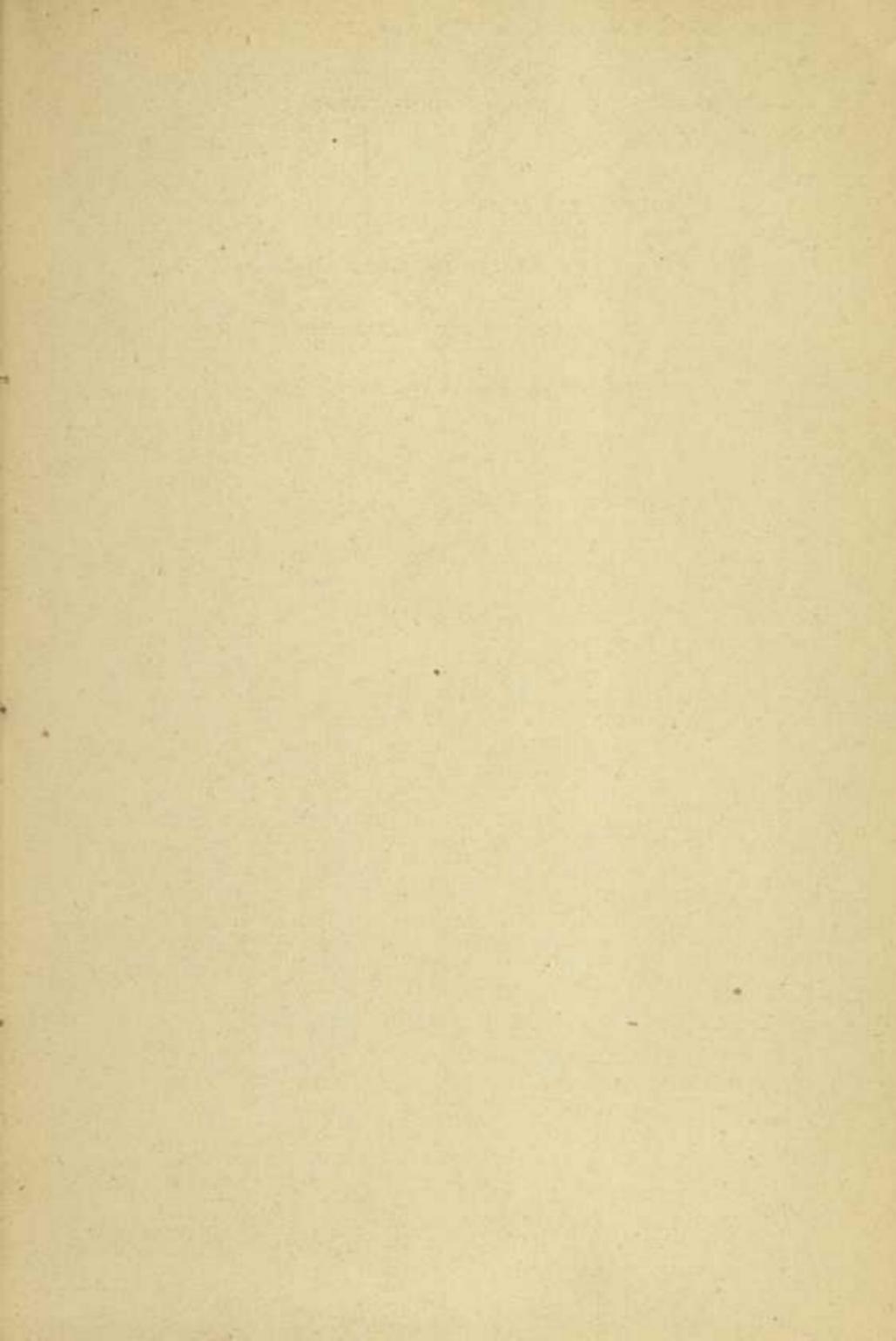


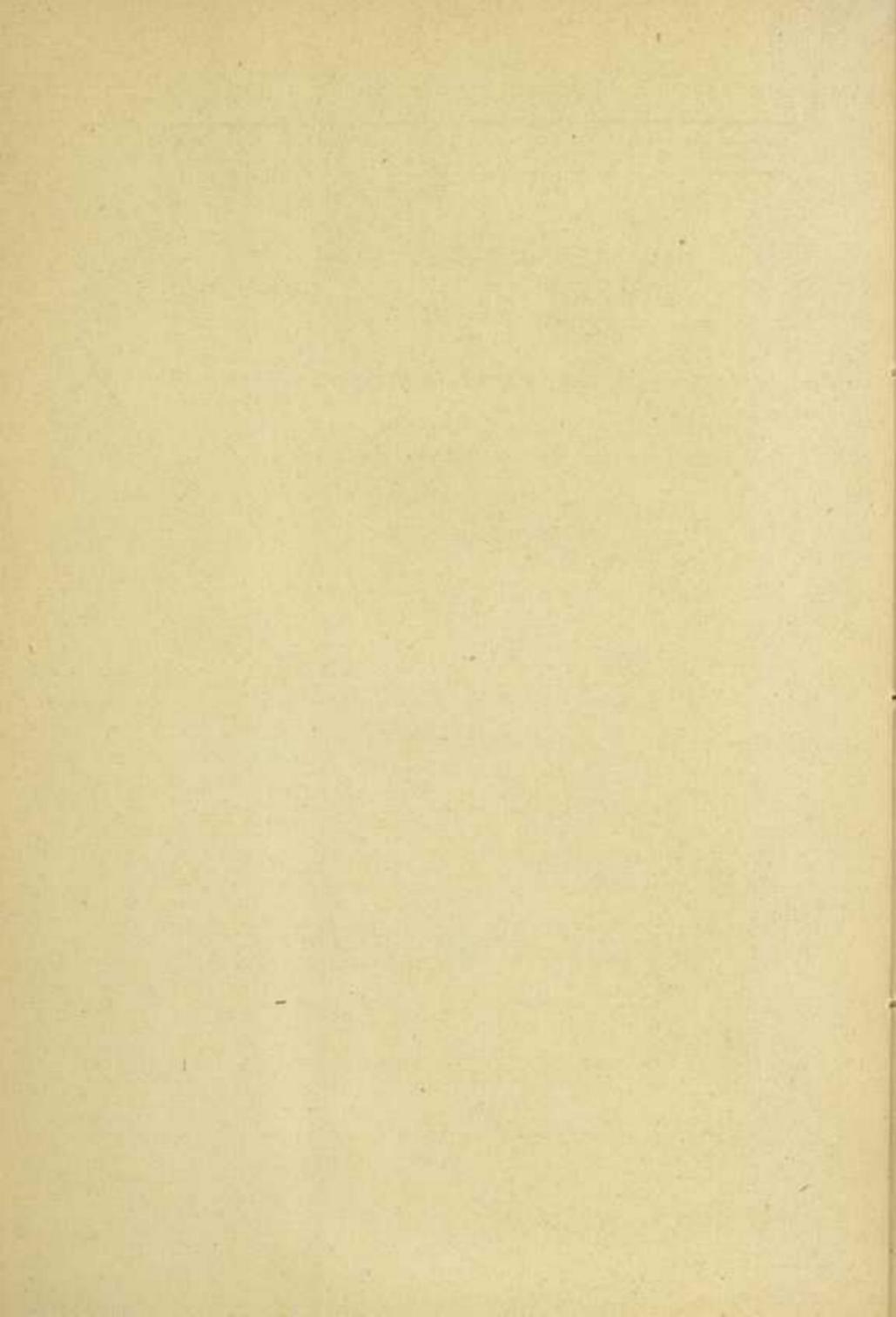
*y mi lira compongas
con hebras de tu rubia cabellera...
¡Entonces sí que nacerán triunfando
las canciones de amor de tu poeta!*

Luis Lloréns Torres.

Granada, 30 de Marzo de 1899.









GRANADA

A Nicolás M.^a López

Oh, tú, Granada bella,
 la de alminares ricos,
dormida entre montañas
 con cumbres de cristal,
la de bermejas torres,
 la de soberbios picos
más altos que las palmas
 del bosque tropical;

la de la fértil vega,
la de los cien alcores,
la que de excelsos vates
el numen inflamó,
la que brindó á Zorrilla
las olorosas flores
con que el fecundo bardo
gentil se coronó..

¿Por qué mi alegre patria
dejé con sus jardines,
sus fuentes, sus sabanas,
sus vegas de *guandul*,
sus bosques donde cantán
manchados colorines,
sus noches de verano,
su cielo siempre azul?

¿Por qué dejé las playas
de perfumado ambiente,
donde los dulces sueños
de mi niñez dormí?
¿Por qué, Granada bella,
bajo tu sol ardiente,
hasta mi cuna olvido
para cantarte á tí?

¿Qué busca en tí mi mente?
¿Qué busca mi mirada,
cuando las ruinas toco
de tu pasado ser,
cuando la hiedra arranco
que crece abandonada
en losas con relieves
y fechas del ayer?

¿Qué siento cuando escucho
los deliciosos trinos
de enamorados pájaros
que cantan su pasión?
¿Qué siento si el murmurio
de arroyos cristalinos
repite de tus bosques
la mágica canción?...

Yo sólo sé que el pecho
se oprime y se dilata,
y el alma encuentra espacio
con luz en que vagar,
aquí donde la nube
que en perlas se desata,
nutrida de perfumes
se vuelve á evaporar.

Tú tienes lunas pálidas
que aumentan la poesía
de la mujer, del ave,
del nido y de la flor;
y tus serenas noches,
como en la patria mía,
convidan al insomnio
sublime del amor.

Tu Alhambra me entristece,
porque en sus tronos reales
ya altivo no se sienta
el bravo musulmán,
ni pisan su almorrefa
los pies esculturales
de las princesas púdicas
que en el Edén están.

Por callejones largos,
 estrechos y musgosos,
los moros y las moras
 parece que se ven
vagar, como en un tiempo,
 risueños, presurosos,
luciendo en sus aljubas
 las flores del harén.

Al son de las bandurrias,
 si cantan las gitanas,
del fondo de las cuevas
 levántase la voz,
cual versos arrullados
 por vírgenes indianas,
cual cántico de almeas
 que al cielo va veloz.

Allá en los arrabales,
los altos paredones,
que el tiempo ha carcomido,
aún ciñen la ciudad;
y crecen, en sus riscos
y grietas y rincones,
campánulas y lirios
en dulce soledad.

¡Qué tristes por la noche
se ven los alijares!
¡Qué tristes los escombros
del árabe Albaicín,
donde cabellos negros
lucieron almaizares;
la virgen, almanafa;
turbante, el paladín!

¡Y qué radiante y bella,
bajo sus tersas gradas,
levántase la Sierra
sin cráter ni volcán,
la misma cuyas cumbres
eternamente heladas
baluarte fueron firme
del rudo musulmán!

Los nardos y las rosas,
en tierno maridaje,
sus pétalos derraman
temblando en el pensil,
que riegan, desprendidas
del turbio rebalaje,
las aguas espumosas
del Darro y del Genil.

Cual ángeles que anuncian
un mundo de placeres
como el Edén fantástico
que el Árabe soñó,
asómanse á las rejas
tus célicas mujeres,
y ostentan la hermosura
que Dios les prodigó:

para ellas, yo soñaba
que fuesen mis canciones
más blancas que los nimbos
de aurora boreal,
más frescas que la brisa
de misteriosos sonos
que cimbra suavemente
las frondas del nopal;

quisiera, para ellas,
pulsar la dulce lira
de los amenos valles
de Grecia la gentil,
y que los pobres versos,
que su beldad me inspira,
vibrasen como cuerdas
en arpas de marfil...

Y para tí, Granada,
la de los mil colores,
dormida entre montañas
con cumbres de cristal,
la que despierta lánguida,
lo mismo que las flores,
al beso voluptuoso
del aura matinal;

¡son para tí los versos
que de Levante á Ocaso,
pregonarán doquiera
la eterna admiración
del que te deja sólo
las huellas de su paso,
y lleno de recuerdos
se lleva el corazón!

Abril 1899.



SIERRA NEVADA

A Miguel M.^a Pareja

¿Veis aquellos picachos que se extienden,
cuando se oculta el sol, y se levantan,
rasgan las nieblas, el espacio hienden,
surgen, se elevan, crecen, se agigantan,
por el azul del firmamento ascienden,
buscan el cielo, el huracán espantan,
y llegan hasta el trono de la luna
y la conmueven en su etérea cuna?

No los veis?... El espíritu, suspenso,
los contempla; los ve nuestra mirada
á las nubes llegar, formando inmenso
abismo en derredor; y arrebatada,
suena la lira en el espacio extenso,
profundo y colosal, donde Granada
es un verjel de plumas y de flores
y un nido de románticos amores...

En sus cimas, de rápidas pendientes,
los témpanos de hielo se deshacen
al calor de los rayos refulgentes
que brillan en el orto cuando nacen,
y forman mil cascadas y torrentes,
la sed de las quebradas satisfacen,
corren por cáuces, á la mar caminan
y en las ondas del mar se diseminan...

Sus transparentes cumbres elevadas
están cerca del sol, que en ellas deja
sus últimas sonrisas nacaradas
y el resplandor de su primer guedeja.
Allí vive la reina de las hadas,
y la luz de los astros se refleja
sobre las huellas que su planta leve
forma al pisar sobre la blanca nieve...

Allí, todo es glacial: el pez no habita
bajo las ondas del dormido lago,
la flor en la ladera se marchita,
y no crece en la grieta el jaramago;
el agua sin cesar se precipita
sobre la roca, y su murmurio vago
deja la tierra, por los aires sube
y se pierde en las gasas de la nube.

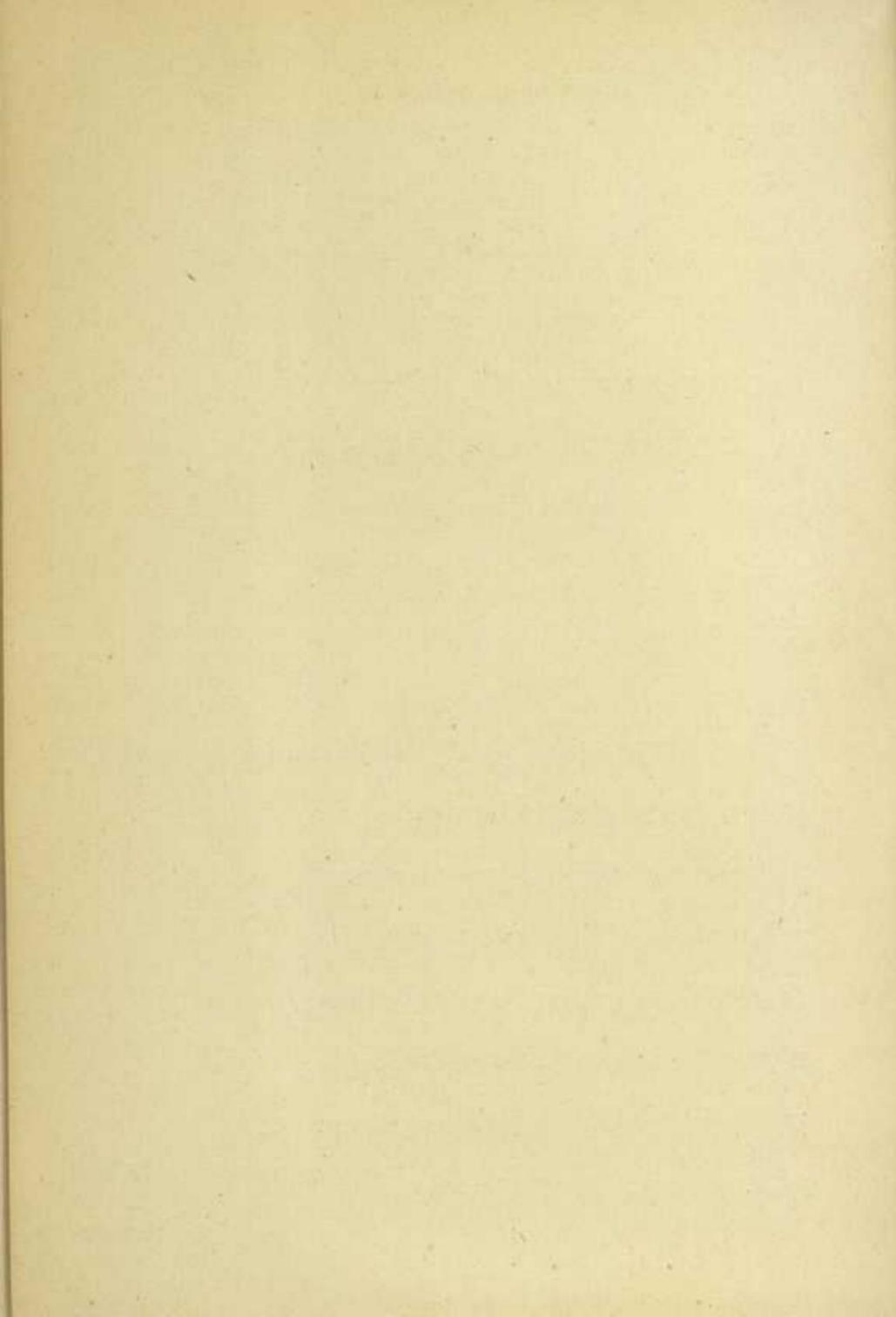
Todo de nieve lo contemplo lleno...
La Sierra es blanca... Luce, sobre ella,
cual se destacan en el albo seno
los pechos de marfil de una doncella,
el Mulhacén, fantástico y sereno,
junto al Veleta, que la luna bella
retratan en sus picos cristalinos,
y pechos son con halos purpurinos.

Luego vendrá el verano con sus flores,
y veremos los copos derretidos,
negras las crestas, verdes los alcores...
Y en la cima los hielos suspendidos,
con sus brillantes tonos y colores,
quedarán, y los rayos encendidos
del sol refringirán, cuya pujanza
á derretir los témpanos no alcanza.

Y crecerán las plantas en las lomas,
perfumarán las flores el ambiente,
surcarán el espacio las palomas...
Mas el invierno volverá inclemente,
sin luz y sin calor y sin aromas,
los copos bajarán á la pendiente,
y serán esos blancos miradores
un túmulo de hierbas y de flores.

Las regias cunas del Olimpo heleno
en esas altas sierras hoy se mecen,
y Júpiter en ellas lanza el trueno,
y las agudas cumbres se estremecen...
¡Por eso ensanchan el ebúrneo seno,
rasgan las nieblas, se dilatan, crecen,
y llegan hasta el trono de la luna
y la conmueven en su etérea cuna!





LA ALHAMBRA

A Salvador Amill

Soberbio y 'colosal, sobre cimientos
de roca y de granito fabricados,
allí está, con sus fustes y calados,
el bermejo castillo musulmán;
allí está, con sus torres y murallas,
dormido entre fantásticos jardines,
donde el aura que mece los jazmines
expira bajo bosques de arrayán.

Yo he contemplado sus inmensas naves,
por donde vagan brisas perfumadas,
he subido á sus torres elevadas
y he bajado á sus sótanos sin luz;
he recorrido, triste, sus salones,
donde la pena del silencio habita,
y he visto levantado en su mezquita
el lábaro cristiano de la cruz.

Sobre su base, inalterable y mudo,
mira la noche suceder al día,
los años y los siglos desafía
y vence con su eterna majestad;
jamás se doblan sus columnas blancas,
al peso de sus altos capiteles,
y lucen sus cornisas y caireles
las pompas de otro pueblo y otra edad.

Cerca del muro, el Darro en sus remansos
las flores de los cármenes retrata,
y más allá la vega se dilata
y se agita la humilde población;
y los delgados álamos sacuden
sus ramas, en la sima rocallosa,
y se ve la dorada mariposa
cernerse sobre el viejo paredón.

Sus temblorosas hojas estremece
el misterioso bosque de la Alhambra,
donde, perdido, de la antigua zambra,
vaga tal vez el cántico febril;
y el áspero crujir de los ramajes,
cuando el viento los árboles azota,
repite allí la berberisca nota
que hizo vibrar el bélico añafil.

Al pie de los adarves, agrietada,
se esconde la pared del almenaje;
y formando tupido cortinaje
con sus hojas de espléndido color,
vive sobre ella la silvestre hiedra,
sobre la hiedra el alelí florece
y la salvaje madreselva crece
y se columpia la olorosa flor.

En lo más alto de la recia mole
que sola se levanta sobre ruinas,
allí donde las aves peregrinas
detiéndose á llorar su pequeñez,
junto al arco morisco adintelado
que mudo narra su pasada historia,
con su esbelta columna divisoria
se destaca el inmóvil ajimez;

desde donde el Sultán, en otros tiempos,
contéplaba en el campo los aduares,
y en la pared los largos alizares
con franjas de agafita y de coral,
y en cuyo alféizar recostarse pudo
para mirar allá la zafería
y ver en la lujosa alcaicería
moverse al viento el árabe cendal.

Yo también he pisado la almorrefa
de sus regios y artísticos salones,
donde entre muelles zofras y crespones
Lindaraja desnuda se durmió;
y yo también, desde las torres rojas,
he visto la ciudad, entre jardines,
donde fueron los ricos zacatines
de finas telas que Bagdad tejió.

Muros espesos, firmes, elevados,
que el poder de cien tronos abatieron,
torres que los musulimes construyeron,
glorias del arte clásico oriental:
¡cuánta escena de amor, cuántos idilios
vosotros conoceis, y cuántas veces,
allá tras los calados ajimeces
latió anhelante el pecho virginal!

En esas salas que al placer convidan,
¡cuánto drama de amor, cuánta tragedia
el fiero musulmán de la Edad Media
bajo los áureos techos presenció!
¡Quién pudiera entender los arabescos,
al través de los siglos conservados,
que en la inmóvil pared están grabados
con colores que el tiempo respetó!

¡Quién pudiera, viviendo entre sus muros
desde las viejas puertas y ventanas,
ver el rayo de sol, por las mañanas,
rasgando de la nube el denso tul;
y en las calladas horas de la noche,
el disco de la luna plateado
mirar eternamente retratado
bajo la linfa de la fuente azul!

¡Quién pudiera vivir eternamente
en sus alcobas anchas y severas,
viendo pasar las gratas primaveras
que tiñen las campiñas de verdor;
mirando columpiarse los zarcillos,
cual ramos de coral entre las olas,
de los rojos claveles y amapolas
que roban á los astros su color;

viendo, cerca del muro, entre naranjos,
verjeles de zelindas y de rosas,
donde van á dormir las mariposas
y las alegres aves á cantar,
donde las limpias gotas de rocío
en la corola de la flor se mecen
y temblando de amor se desvanecen
al tibio beso de la luz solar!...

¡Entonces, sólo entonces, á mi mente
la inspiración del bardo volaría,
la dulce inspiración de la poesía
que coronó sus sienes de laurel;
y sólo entonces, mi laud, sonoro,
tras esos regios pórticos vibrara
y su sublime majestad cantara
con voz de Homero, en dáctilos de miel!

Crepúsculos granadinos (1)

A Juan López

Sol deslumbrante, colores
vivos, cual la luz del día,
sublime melancolía,
amarillos resplandores...
¡Oh, tú, mi nido de amores,
eres la ciudad soñada,
donde tras la luz morada
de tus crepúsculos bellos,
rompe la noche en destellos
y en matices la alborada!

En tu cielo tropical,
que adornan nubes y estrellas,
aún se conservan las huellas
de tu pasado oriental;
allí del bravo Zagal
la túnica verde, el rojo
encendido del enojo
de Aixa, la palidez
de Moraima, y de la tez
de Lindaraja el sonrojo.

Todas las tardes, parece
que del cielo en las alturas,
renacen tus desventuras
y tu gloria reverdece;
y que tu grandeza crece
en el incendio lujoso
del Ocaso esplendoroso
en tus tibias primaveras...

Bien se comprende que eras
un imperio poderoso;

que tuviste mil almenas
y que mil torres tuvistes,
para contemplar las tristes
puestas del Astro serenas,
y el llegar de las morenas
noches de dulce ilusión
á la azulada región
donde el lucero ilumina
como lágrima divina
palpitando de emoción.

Y si como urbe te vemos
pobrísima, entristecida,
como nave que abatida,
de la mar en los extremos,
flota sin velas ni remos,

¡aun ostentas soberana,
bajo un cielo azul y grana,
en la tarde y en la aurora,
soberbia y deslumbradora
tu diadema de sultana!

Abril 1899.



(1) Versión métrica del artículo que con el mismo título publicó Nicolás M.^a López en su última obra *Tristeza Andaluza*,

LA GUITARRA

A F. Seco de Lucena

¡Qué alegre es la guitarra!
Sus cuerdas se estremecen
y vibran y difunden
acordes que parecen
suspiros de mujer...
Destémplanse sus cuerdas:
sus notas vacilantes
semejan carcajadas
de impúdicas bacantes
ansiosas de placer...

¡Qué triste es la guitarra!
Sus lánguidos rumores
se extinguen en las sombras,
se duermen en las flores,
se alejan del hogar...
Sus cuerdas se estremecen:
sus notas son querellas
y lágrimas y besos
de madres y doncellas
cansadas de llorar!

Julio 1899.



DESENGAÑO

A Pablo Alfaro

Orgullosa, gentil, bella, elegante,
adornada con ricos atavíos,
pasó cerca de mí; clavó, en los míos,
sus ojos de mirada penetrante,

y no me conoció; siguió, triunfante,
sin recordar pasados amoríos,
luciendo nuevo ardor y nuevos bríos,
asida al brazo del esposo amante.

Volvió á pasar... Su rostro, de graciosas
facciones, hacia mí no se volvía;
y en sus labios, más suaves que las rosas,

la risa del olvido se escondía...
¡Y yo, necio, creí que ciertas cosas
jamás una mujer olvidaría!

Diciembre 1898.



FRAGMENTO

Á D. Francisco de P.^a Valladar

.

Ella estaba desnuda,
ella estaba dormida,
ella estaba soñando...

Sobre su cuerpo de color de espuma
y curvas de ninfa,
sobre su lecho de color de nardo,
cantaban las musas,
vagaban sonrisas
de labios rosados.

Ella estaba desnuda...
Los vírgenes relieves
de su temprano seno
eran más blancos que dormidas lunas
y copos de nieve;
y volaban, temblando, sobre el cuello,
como avispas rubias
que el viento embravece,
sus rizos ligeros.

Ella estaba dormida...
Tras sus párpados suaves,
aun contemplar yo pude
la luz que derramaban sus pupilas
celestes, radiantes,
cual focos de luciérnagas azules,
brillando escondidas
en nevados cálices
de intensos perfumes.

Ella estaba soñando...
Bajo el caliente pecho,
su corazón latía;
y era el coral de sus rosados labios
un nido de besos
donde las risas del placer dormían,
un clavel rociado
con gotas del cielo
y perlas marinas.

.

Agosto 1899.



EL INMUTABLE (1)

A D. Matías Méndez Vellido

Hecho, como el que más, de tierra y lodo,
es el menos activo de los seres:
sólo sabe que existen las mujeres,
y piensa y cree que lo sabe todo;

de visitar la Alhambra no halla modo,
por no subir la cuesta de Gomeres,
y disfruta el placer de los placeres,
cuando el cuerpo recuesta sobre un codo;

sale á la calle, y al doblar la esquina,
en el primer escaño, allí se planta
triste é inmóvil, cual soldado inerme;

sorpréndele la brisa vespertina,
abre los ojos, mira, s^a levanta,
llega á su casa, se desnuda y duerme.

Abril 1899.



(1) Soneto improvisado, ante varios literatos amigos, en el «Salón de *El Defensor de Granada*».

LAS DOS AURORAS

Á Francisco Figueroa

A las seis de una hermosa mañana,
ví brillar el lucero del alba,
y al momento, de luz á los valles,
de vida á las plantas,
de amor á las aves,
la aurora inundó...

A las diez de una noche de invierno,
ví brillando sus ojos de fuego,
y al instante, voló por mi alma,
aljófar vertiendo,
la aurora rosada
de nuestra pasión!

Abril 1899.



OJOS AZULES

Á Roberto Pérez

Yo contemplé los ojos
de una morena,
hermosos cual las lunas
de primavera;
y ví, tras ellos,
la noche con sus sombras
y sus misterios.

Yo miré, varias veces,
 unas pupilas
verdes como las hojas
 de las zelindas;
 y ví, tras ellas,
el mar con sus espumas
 y con sus perlas.

Yo me asomé á unos ojos
 tiernos y azules,
cuya dueña era rubia
 como un querube;
 y tras de ellos,
contemplé las bellezas
 del firmamento..

Mas en los ojos verdes,
como en los negros,
tan sólo existe el brillo,
tan sólo el fuego;
y en los azules,
¡palpita siempre un alma
y hay un perfume!

Agosto 1899.

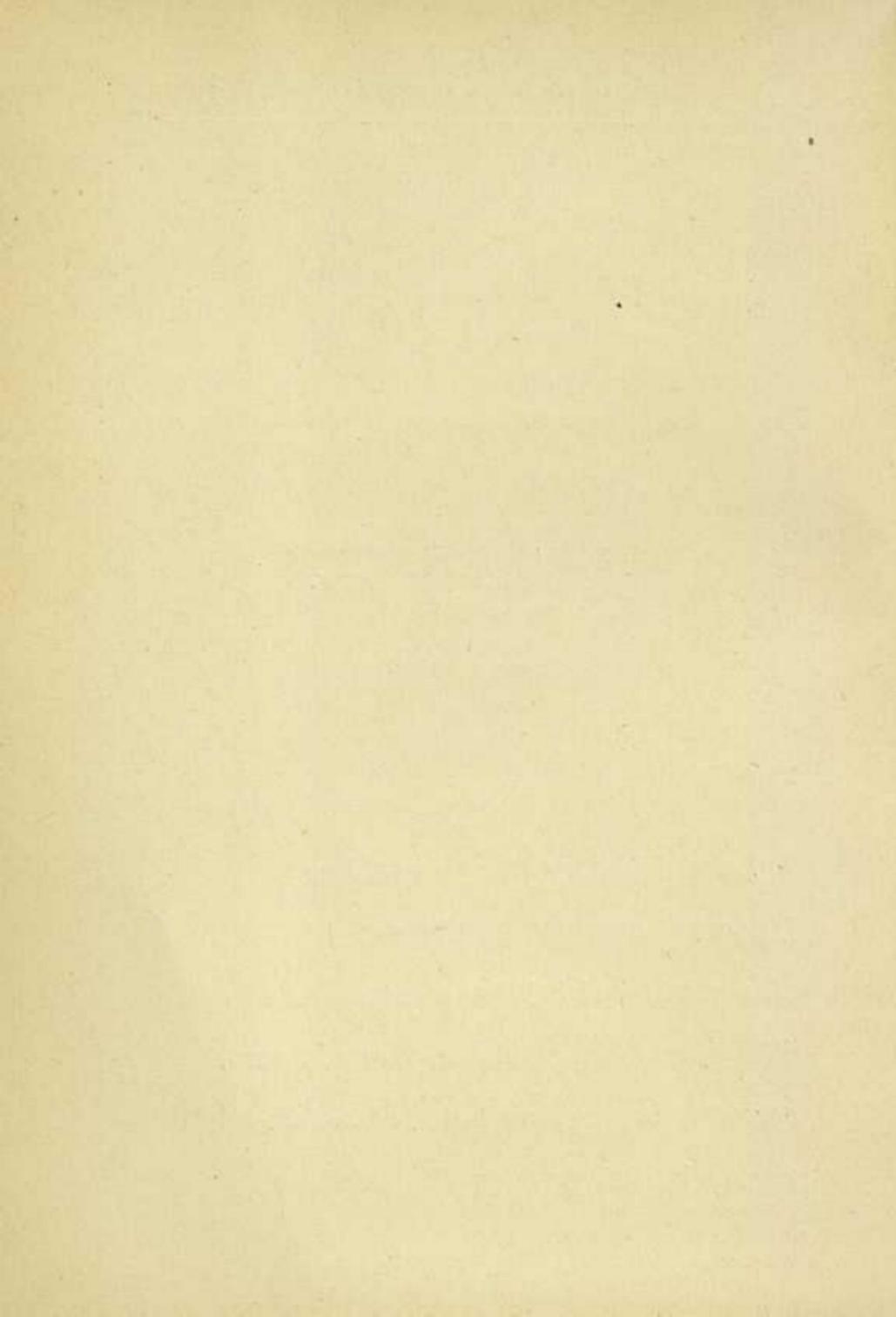


LA VÍ LEJOS...

Á Diego Marin

La ví lejos... y dije: es vanidosa,
hipócrita, coqueta, mentirosa;
sólo cifra en el lujo su placer...

Y hoy, que la miro cerca y que la amo,
cuando recuerdo lo que dije, exclamo:
¡esa es la historia de cualquier mujer!



AMOROSA.

Á D. A. Afán de Ribera

Rubio el cabello
tiene la virgen que mi canto inspira...
Si ella supiese lo que yo la adoro,
diérame el rizo que su frente cubre.

Duérmete la sonrisa entre sus dulces
labios rosados
que mil besos y más me brindarían,
si ella supiese lo que yo la quiero.

Son sus contornos de marfil y nieve;
y en su cuerpo palpitan, entre líneas
rectas y curvas,
vírgenes formas de mujeres griegas.

Si ella supiese lo que yo la adoro,
si ella supiese lo que yo la quiero,
diérame hasta la luz de sus alegres
ojos azules.

Abril 1899.



LA MEJOR TUMBA

Á Libertad Torres

Aquí estoy otra vez, lo mismo que antes.
No sé cómo he vivido tanto tiempo,
esperando que un cráter apagado
vuelva á arrojar de sus entrañas fuego.
Qué? ¿Te extrañas, tal vez, porque á tu reja,
como entonces, me acerco?
¿No te figuras lo que aquí me trae?
¿No sospechas, acaso, por qué vengo?

Pues yo te lo diré: suenan campanas
allá en la torre del vecino templo;
y así, tan tristes, solamente vibran
el día de los muertos.

Por eso se oyen hoy; y su sonido,
que evoca del pasado los recuerdos,
nos invita á llorar sobre las tumbas
y nos mueve á buscar lo que está lejos...
Esos que pasan pensativos, mudos,
esos que van gimiendo,
esos que llevan cirios y coronas,
bien sabes tú que van al cementerio,
y encenderán las luces
sobre el mármol del rico mausoleo,
y adornarán con flores amarillas
la pobre cruz del suelo...
Todos tienen allí seres queridos,

parientes que murieron,
todos llevan la flor de la tristeza
y esparcirán sus pétalos deshechos
sobre la tierra pródiga que cubre
las cenizas del muerto...

¿Aún no sospechas lo que aquí me trae?
¿No adivinas aún mi pensamiento?
Pues yo te lo diré: tú me quisiste,
tú me adoraste con pasión, con fuego,
y en esta misma reja
me hablabas siempre de tu amor inmenso,
de aquel amor que helaron una noche
las nieves del invierno,
de aquel amor que yo encendí en tu alma,
de aquel amor que se extinguió en tu pecho.

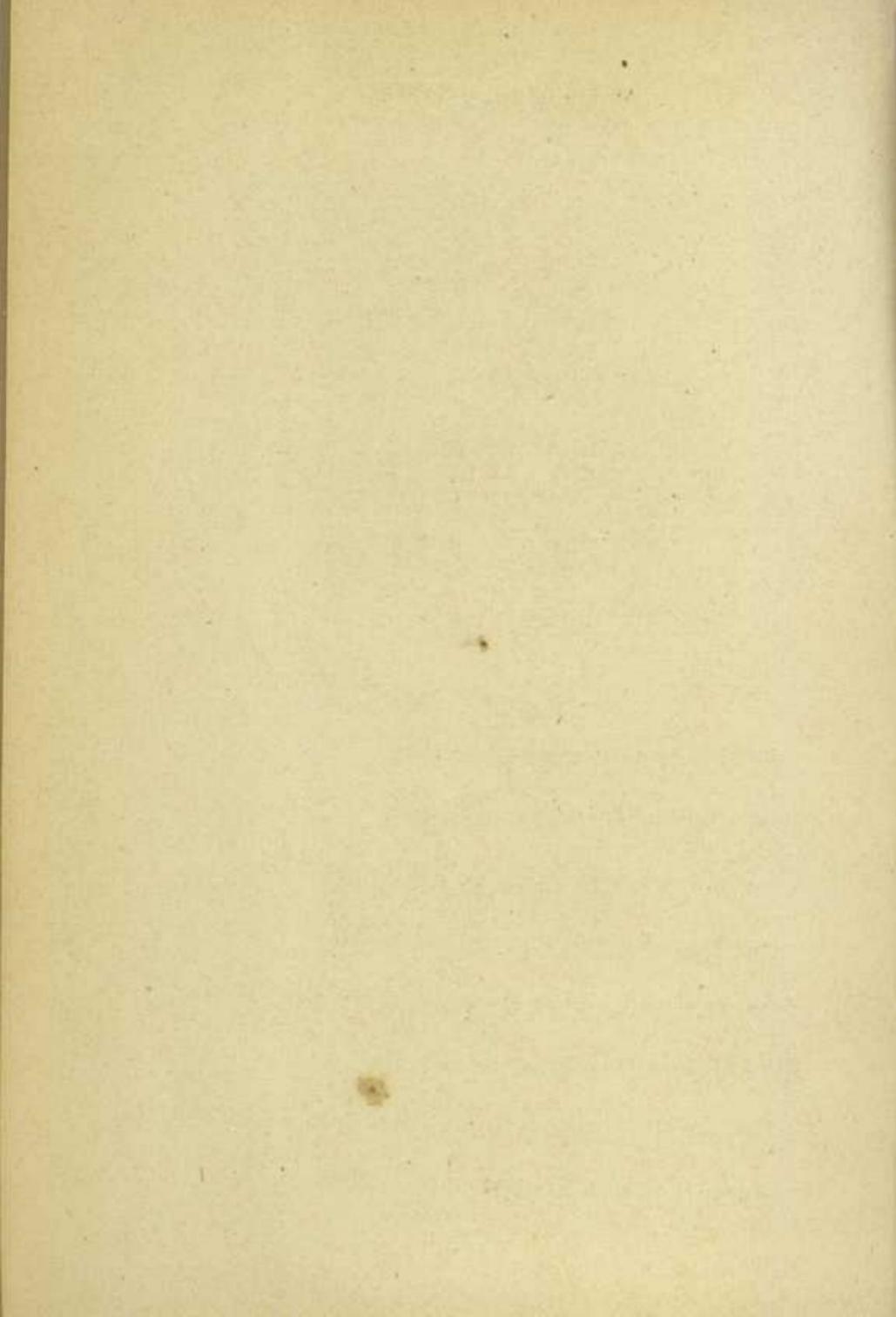
Por eso yo no voy con los que suben
la *cuesta de los muertos*...

A mí nadie me espera
en aquel cementerio...
Aquí, junto á la reja que aun adoro,
murió la dicha, cuya muerte siento...
Aquí, también inclinará sus ramas
el sáuce amarillento...
Ay! yo vengo á llorar sobre las cruces,
que forman estos hierros,
y traigo una flor triste,
la más sencilla que encontré en el huerto,
para adornar con ella
la tumba donde viven mis recuerdos,
para esparcir sus hojas
sobre tu hermoso seno!

Noviembre 2 1899.

NUEVO AMOR.

Cada novia que tuve fué un lucero,
cuyo brillo azulado se quedó
en el obscuro cielo de mi vida
alumbrando mis horas de pasión.
Después te conocí, y un nuevo astro
lanzó en mi noche su primer fulgor...
¡Ay, aquellos luceros ya no existen!
¡No brillan las estrellas junto al sol!



EL PRIMER BESO

No sabes cuánto sufro y cuánto gozo
siempre que lo recuerdo...

Fué una noche de Abril. ¡Qué noche aquella!

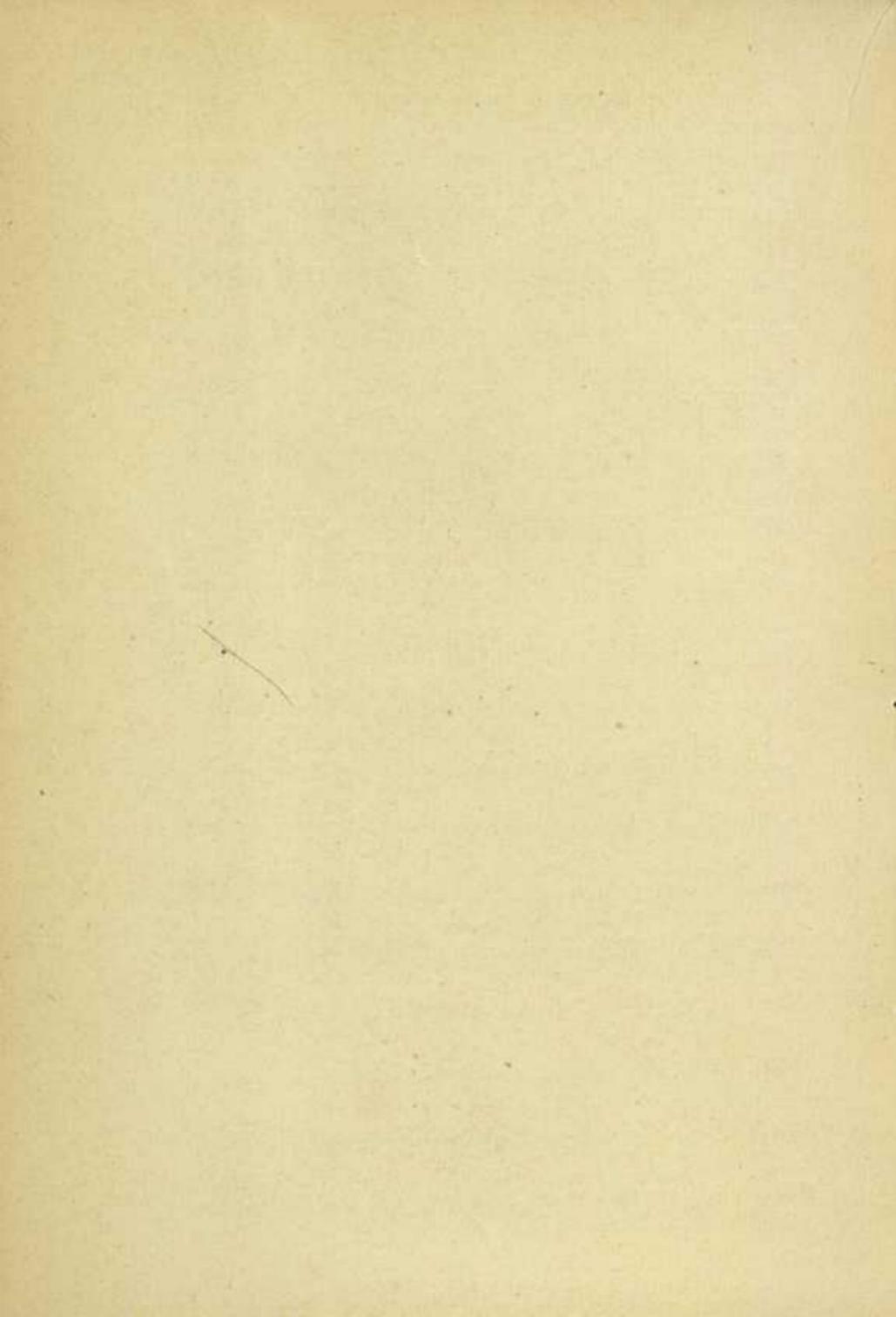
Ni tú ni yo jamás la olvidaremos.

Yo estaba junto á tí, como otras veces;
tú estabas sonriendo,
arrancando del piano vibraciones,
quejidos misteriosos, soñolientos;

yo estaba, como siempre, embelesado,
y, más que nunca, tierno;
tú estabas, como siempre, encantadora;
yo, alegre y satisfecho;
tú, soñando despierta;
yo, dormido en mis sueños;
los dos acariciábamos entonces
el mismo pensamiento;
los dos, solos, estábamos
en las puertas del cielo...
¡No sabes cuánto sufro y cuánto gozo
siempre que lo recuerdo!
Tú estabas distraída,
tú estabas sonriendo,
arrancando del piano vibraciones,
acordes amorosos, soñolientos...
Entonces, ay, aproximé mi boca

á tus labios de fuego,
y entre las notas últimas del piano
se oyó el ruido de un beso...
Aquellas notas, perezosas, tristes
y lánguidas nacieron,
aquellas dulces notas ya no se oyen,
aquellas notas estarán muy lejos;
mas, ay, el eco leve
de aquel sonoro beso
con ellas no se fué, que yo en el alma
desde entonces lo siento...
¡Por eso sufro mucho y gozo tanto
siempre que lo recuerdo!

Septiembre 1897.



NO TEMAS...

No temas, no sufras...

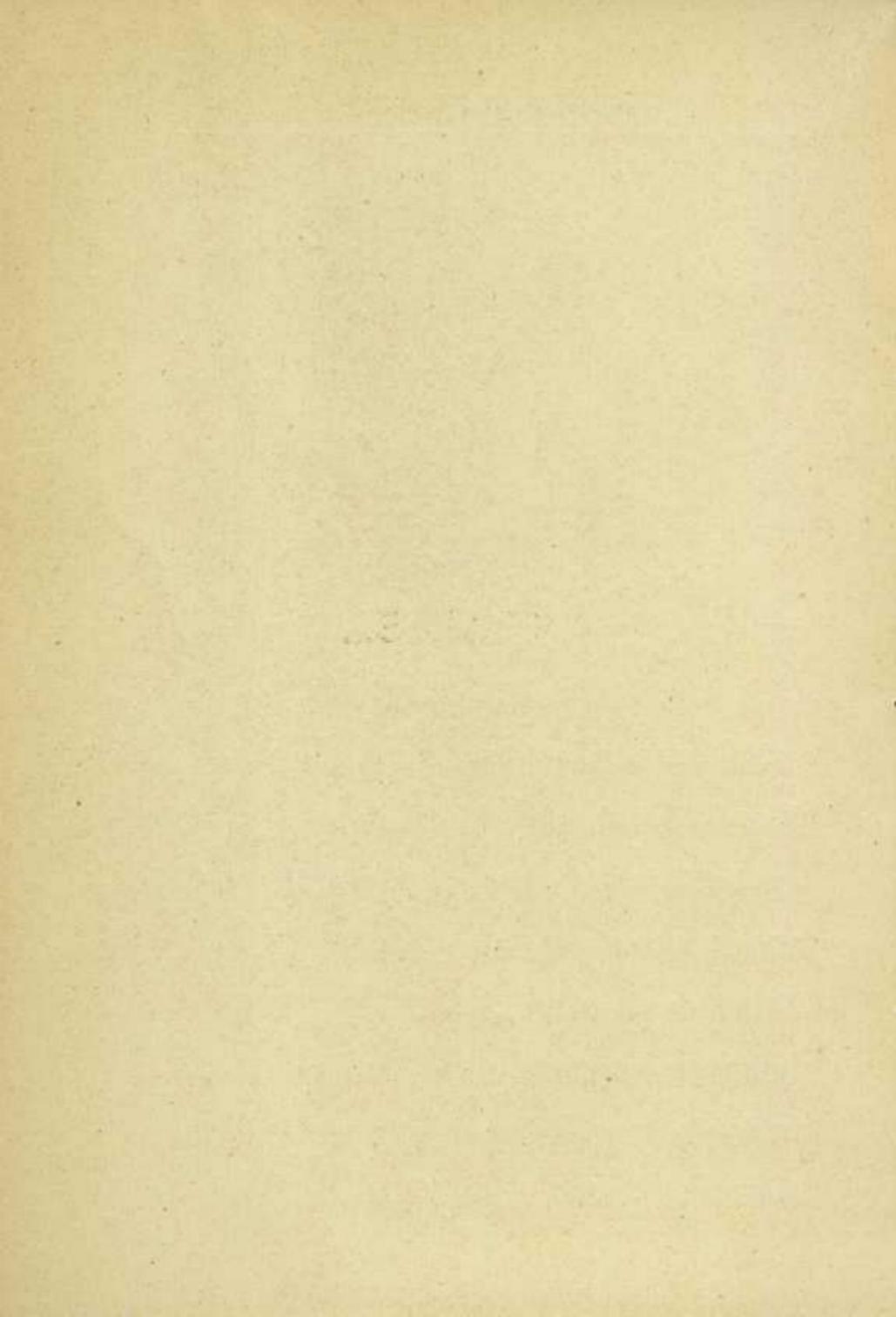
A nadie le importa

que hablemos, á veces, muy bajo, tan bajo
que no se nos oiga.

No sufras, no temas...

Sigamos tranquilos,

hablando muy bajo, que hablamos tan sólo
de nuestro cariño!



BAJO LA PARRA

Recuerdo que la ví
sentada, en el jardín, bajo una parra;
recuerdo que tocaba la guitarra,
y me miraba á mí...

Aquella noche, yo sentí á su lado
el sublime placer de la belleza...

Jamás se borrará de mi cabeza
la imagen ideal

de aquella escena de color dorado...

Fué un cuadro espiritual
de blanca luz en fondo nacarado...
Ella tenía en sus pupilas bellas
más fuego que los soles tropicalès,
más brillo que las noches estivales
en todas sus estrellas...
Los ayes de las cuerdas que gemían
bajo sus dedos suaves y rosados,
el eco de las fuentes repetían,
el ruido de las hojas semejaban...
Y sus rubios cabellos, destrenzados,
los rayos de la luna prolongaban!

Agosto 1899.



FELICITACIÓN

¿Por qué las flores están
más olorosas, más frescas,
el sol más resplandeciente,
la brisa más placentera,
los arroyos más contentos,
más perfumada la vega,
más melodiosas las aves,
más misteriosa la selva,

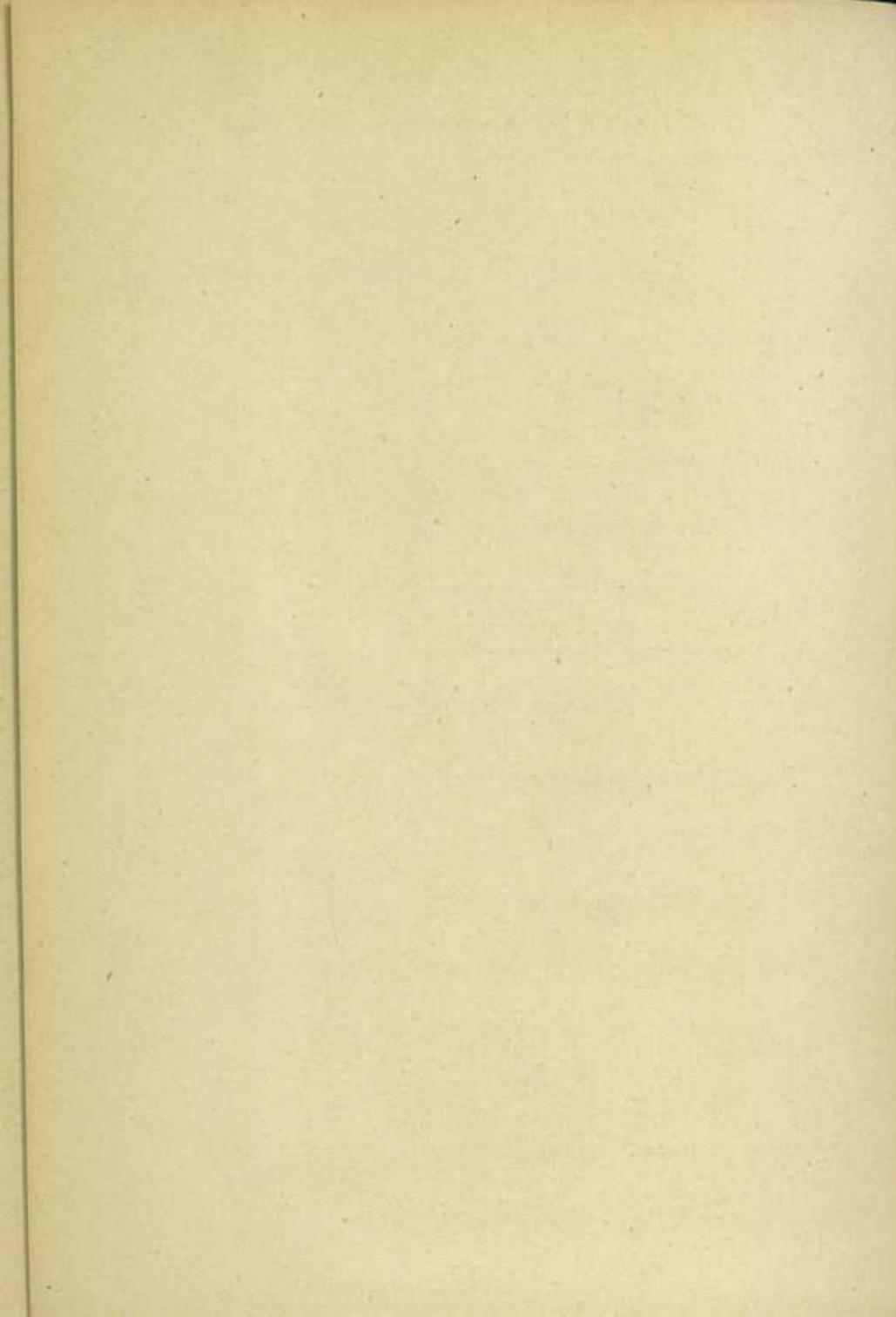
el cielo más azulado
y la mañana más bella?...
¡Es porque hoy mi rubia
su santo celebra!

¿Y por qué están mis nostalgias
tan dormidas, tan profundas,
mi corazón tan alegre,
mis sensaciones tan puras,
mis esperanzas tan vivas,
tan desmayada mi pluma,
tan soñolienta mi alma,
tan perezosas mis musas,
mis palabras tan esquivas
y mi mente tan confusa?...
¡Es porque hoy su santo
celebra mi rubia!

¿Por qué de mi tierra hermosa
ya no recuerdo los campos,
ni las flores, ni las aves,
ni sus plumas, ni sus cantos?
¿Por qué de mi madre tierna
ya no recuerdo el regazo,
ni sus amantes arrullos,
ni sus besos, ni sus brazos?
¿Por qué ya triste no lloro?
¿Por qué alegre voy cantando?...
¡Es porque hoy mi rubia
celebra su santo!

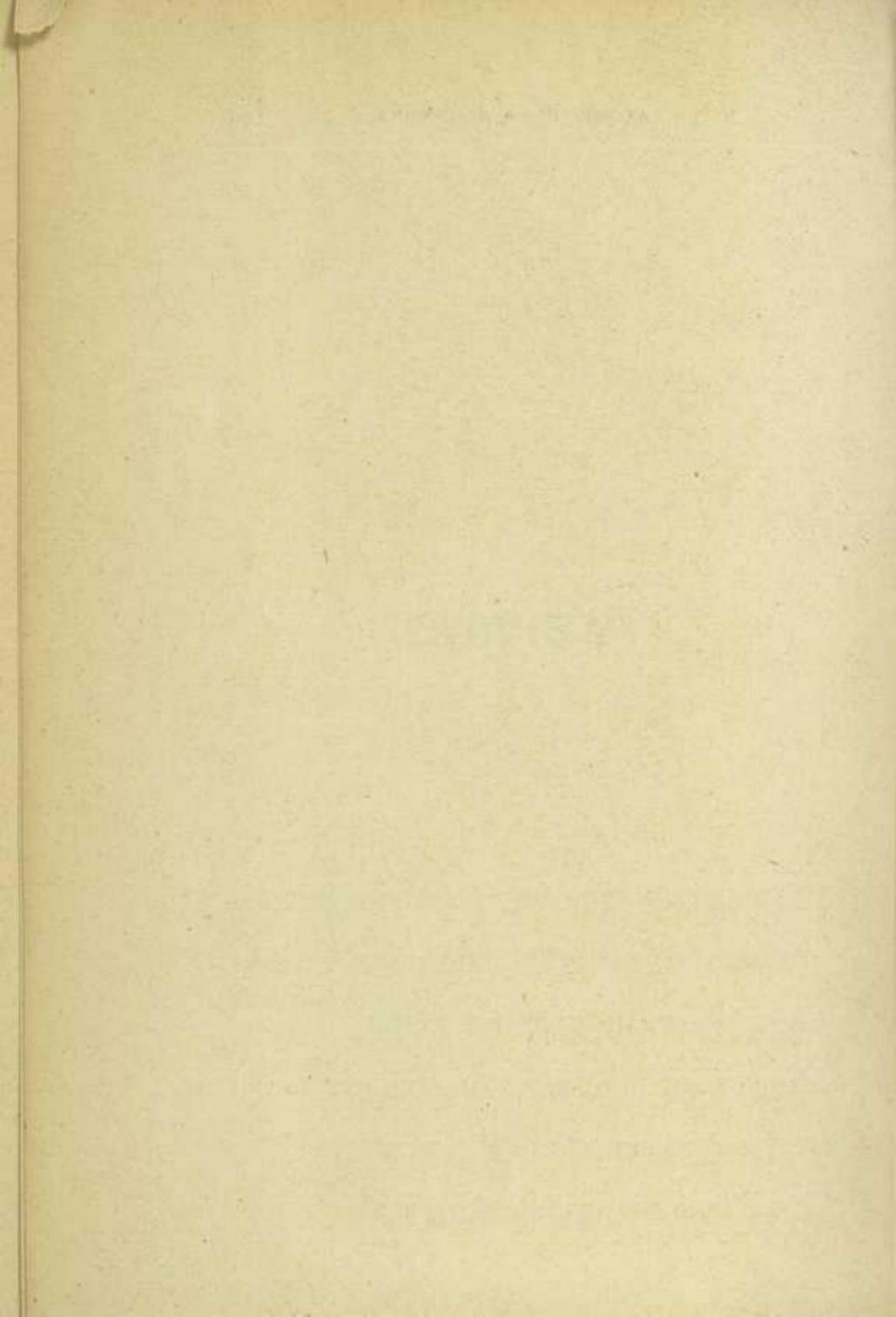
Julio 16—99.





PASIONAL

Ya no te quiero amar cual mariposa
que en el pétalo débil de la rosa
tan sólo busca bienestar y olor...
Hoy me acerco hasta tí como la abeja
que se duerme en el cáliz y no deja
ni perfume, ni savia, ni color.



TÚ Y YO

Rubia tiene que ser la que me inspira;
«rubia tiene que ser», dirá el que sepa
lo mucho que te quiero;
«rubia tiene que ser», dirá el que lea
los versos que yo escribo,
cuando canto mi amor y tu belleza...

«Es un pobre cantor», dirán algunos,
cuando pasar me vean;
«es un bardo feliz», dirán los sabios
que mi pasión comprendan...

Y así tiene que ser; porque el cariño,
que mi dichoso corazón encierra,
¡no lo puede inspirar más que una rubia,
no lo puede sentir más que un poeta!



EL TRIUNFO

Ya no busco la gloria
en el fecundo campo de las letras;
ya no busco en el mundo
laureles y diademas;
á mí me basta que mis pobres versos
tú sola los comprendas;
yo los escribo, cuando sufro ó gozo,
para que tú los leas,

para que tú me aplaudas,
para que tú me quieras...
Yo sé que ya me adoras...
¿Qué más busco en la tierra?
¡Si sé que ya he logrado
el más hermoso triunfo de un poeta!

Julio 1899.



SONETO

No llegará el momento en que á tu lado
no encuentre ya placeres, ángel mío;
no llegarán las horas del hastío
con que acaba el amor desenfrenado;

no llegarán, ay, no: cuando, cansado,
sienta en mi ser del desamor el frío,
no ha de durar, que en ciego desvarío
destrozaré tu cuerpo nacarado.

Sí, sí, te mataré... Y haré, ese día,
con el puñal caliente todavía,
la más fiera, quizás, de mis hazañas;

porque, después, lo clavaré en mi pecho,
y moriré sobre tu mismo lecho,
devorándote á besos las entrañas!

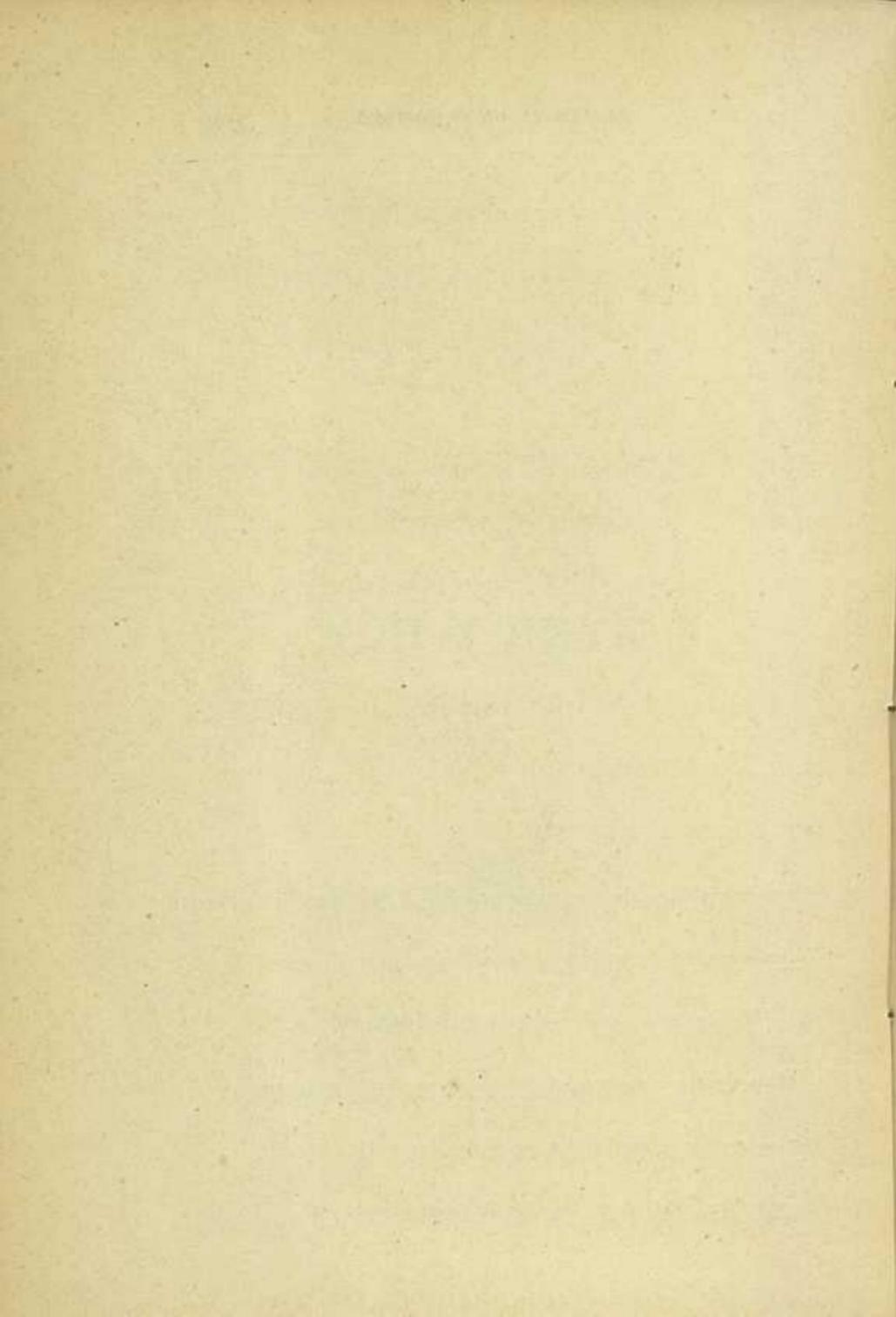
Julio 1899.



AYER Y HOY

Como esos hombres que contentos viven
sin patria, sin hogar y sin familia,
así feliz en este mundo he sido...

Mas, hoy, cerca de tí, siento más goces;
pues si es dichosa el ave cuando vuela,
es más dichosa cuando está en su nido!



LA REJA

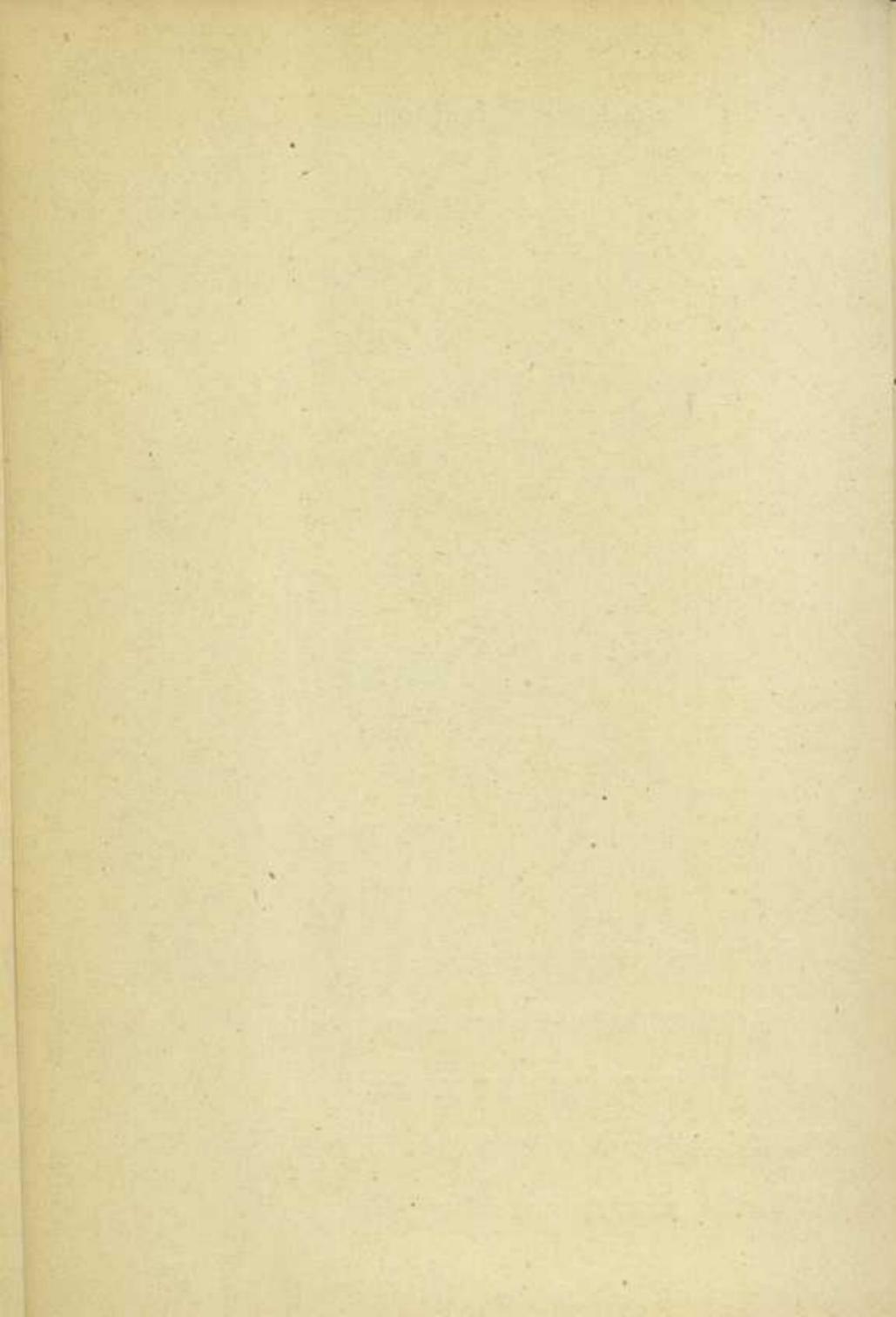
¡Qué triste y solitaria está la reja,
allí, en el mismo sitio,
en donde tantas veces
nos sorprendió la luz de la mañana!
Todas las noches, todas,
allí me ven llorar los mismos que antes
viéndome sonreían.
Sobre sus hierros recostado, lloro,
y al través de mis lágrimas la miro,

y al verla te recuerdo,
y me aproximo más,
para besar sus hierros y sus flores,
ya marchitas, ya mustias ..
Yo quiero que la veas...
La reja está muy fría,
está así como el nido abandonado
que hallamos una tarde
en el frondoso sauce de tu huerto...
¡Ay! como en aquel nido,
algo falta en la reja misteriosa,
en donde tantas veces,
siempre solos los dos, siempre muy juntos,
vimos nacer la luz de la mañana!

Octubre 1899.

SOBRE LA ROSA...

Sobre la rosa fresca y olorosa,
que ví en tu pecho al despertar la luna,
cayó tu primer lágrima amorosa,
y murió sobre el cáliz de la rosa,
sintiendo la nostalgia de su cuna.



EPITALAMIO

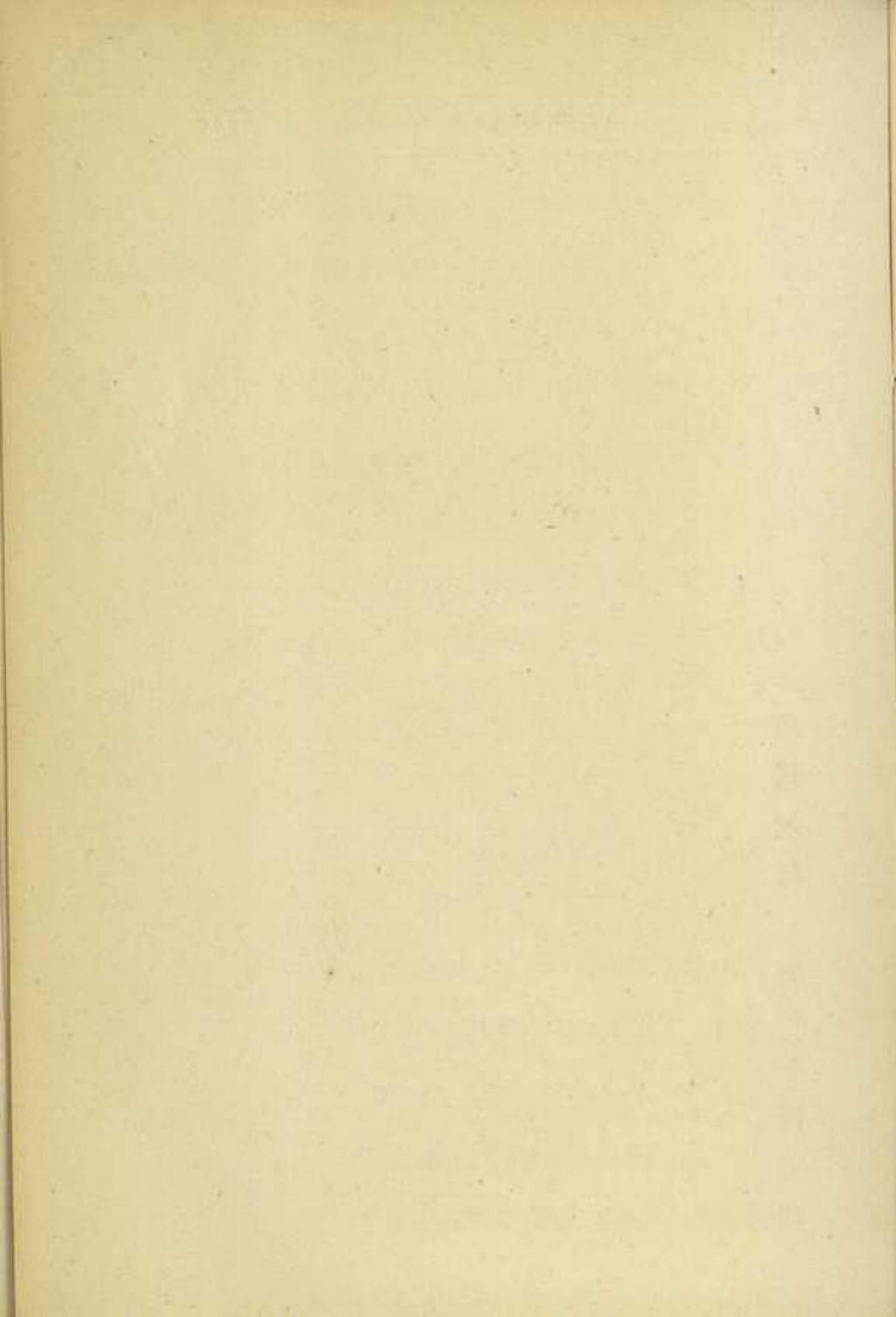
Hermosa, como Venus, parecía,
coronada de frescos azahares,
una visión de espumas que surgía,
al choque de las ondas de los mares.
Y con su traje blanco, sin más galas
que el perfumado y transparente velo,
un ángel era, que al batir las alas,
iba á volar por la región del cielo...

Después, salimos de la iglesia oscura,
atravesamos la ciudad desierta,
llegamos al hogar de la ventura,
en donde un ángel nos abrió la puerta.
Yo aspiré de la dicha el dulce aroma;
y ella cruzó el umbral apetecido,
¡tierna como la cándida paloma
que por primera vez entra en su nido!



NO ES RARO...

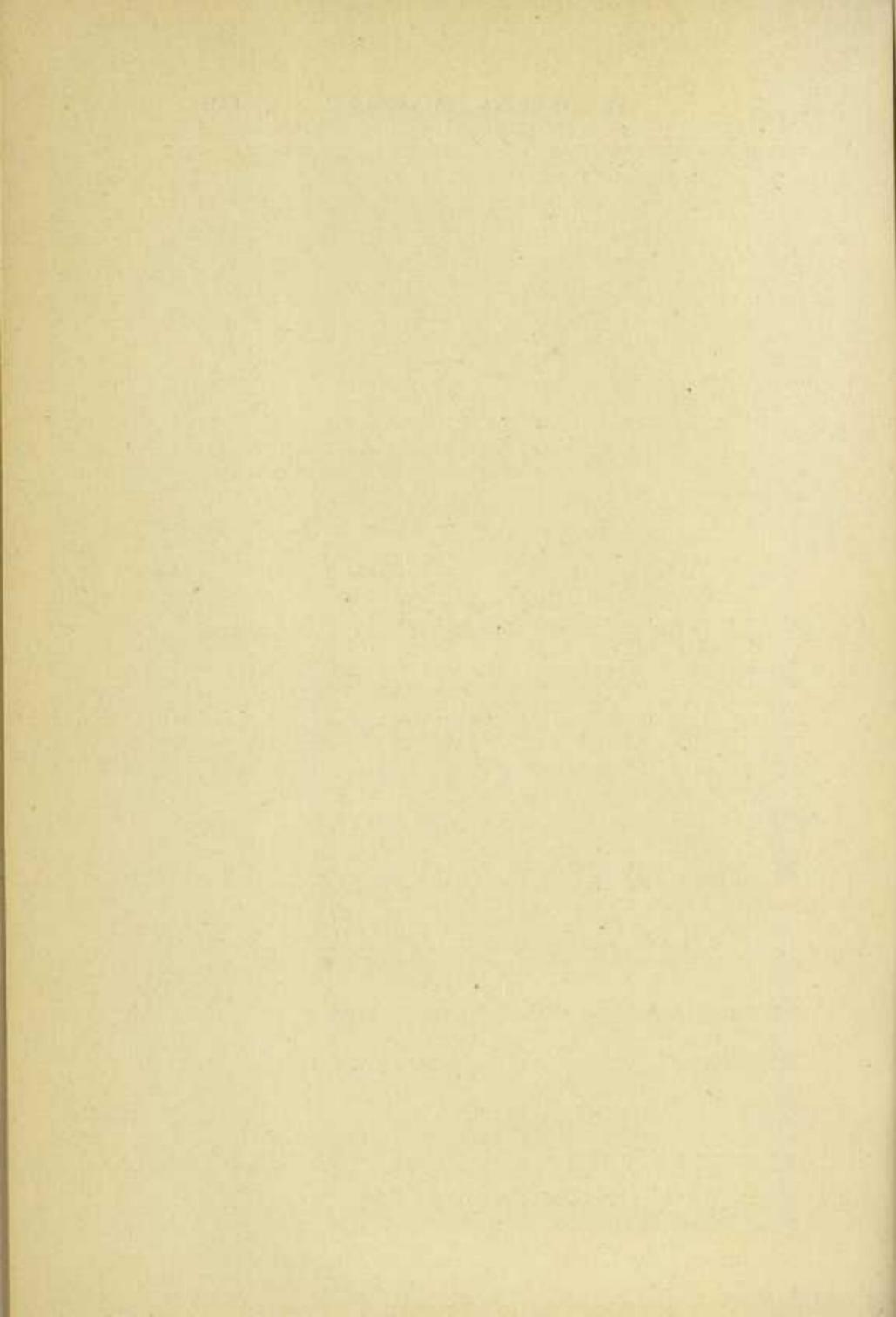
No es raro que los hombres
pasen sin verla,
ni que al verla unos cuantos
no se detengan;
también los peces
junto á las perlas nadan
sin detenerse!



AUSENCIA

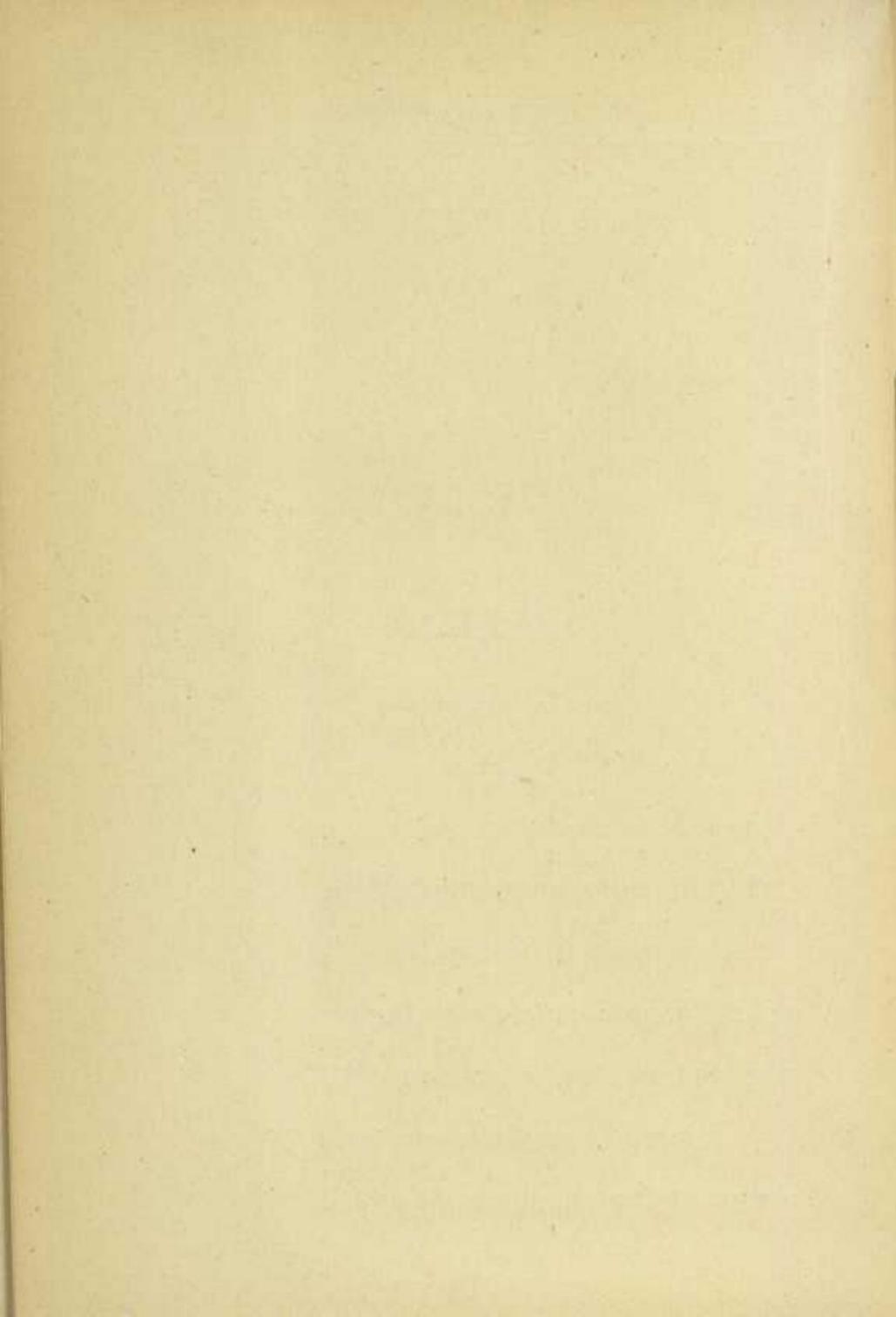
Qruza las ondas, barca velera,
Vanza, marcha veloz, ligera,
Recorre pronto la inmensa mar..
Mira que Carmen, triste, me espera
En la ancha costa, donde altanera
Nevada cumbre se ve brillar.

Rubia, dorada, su cabellera,
Tigual que un astro de primavera,
Vierte mil luces al despertar..
Ella, en la costa, triste me espera,
Regando flores en la ribera,
Oyendo el ruido del vasto mar.



RÁPIDA

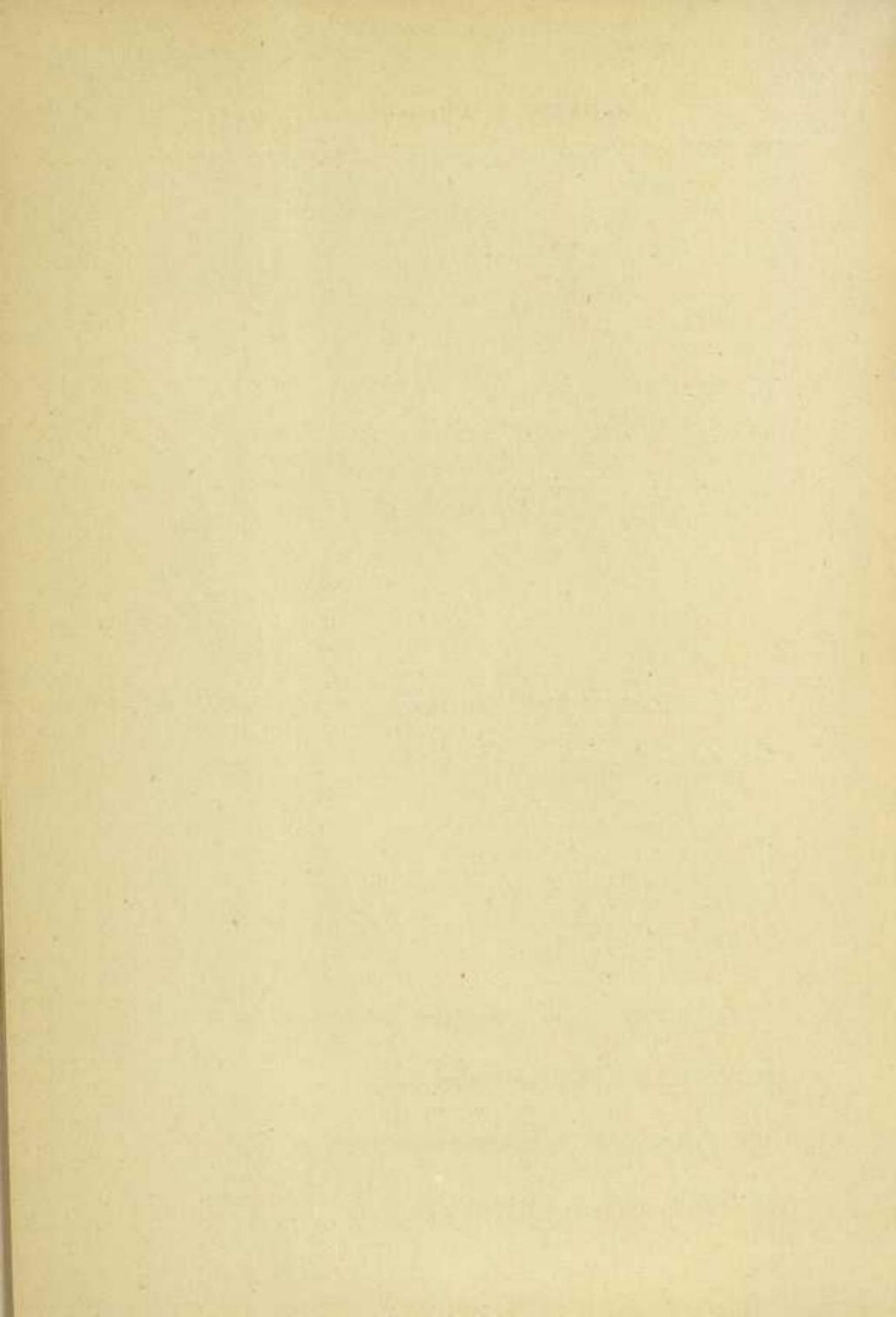
Si feliz es la abeja zumbadora
porque perfumes liba
en el húmedo cáliz de la flor,
más dichoso fuí yo que con mi boca
llegué hasta tus pupilas
y me bebí tus lágrimas de amor!



ÍNTIMA

Cuando me casé contigo,
toda la gente exclamó:
¡qué luna de miel más rica
van á disfrutar los dos!...

Y á la mañana siguiente,
te dije, al cielo mirando:
¡la luna estará allá arriba,
mas la miel está en tus labios!



RIMAS

I.

No hay astro que satélites no tenga...
La tierra gira alrededor del sol;
la luna, alrededor de nuestra tierra;
y alrededor de tus ojitos, yo!

II.

Hoy soy dichoso, vivo contento;
pero mañana, sin tus abrazos,
seré una tumba donde no brille
ni la luz tenue de un fuego fatuo.

III.

Todos los caminos que van á tu casa
los encuentro bellos,
todos me parecen escalas que suben
de la tierra al cielo.

IV.

Puñaladas, sin puñales,
de esas que hasta el alma llegan,
ya me has dado más de siete,
¡y aun mis amores te cuento!
Los árboles tropicales
son así, no se doblegan,
ni á los golpes del machete,
ni á los empujes del viento!

V.

Cuando sale la aurora,
por las mañanas,
solo veo el lucero
triste del alba,
¡yo, que ví dos,
cuando brilló la aurora
de nuestro amor!

VI.

Todos los hombres que vieron
el diamante que hallé yo,
todos estúpidos fueron,
porque falso lo creyeron
y ninguno lo cogió.

VII.

Ella me quiere, está loca,
y su amor es devaneo
que la inquieta y la sofoca...
Y á mí me mata el deseo
de besar su dulce boca.

VIII.

No es raro que los hombres
pasen sin verla,
ni que al verla unos cuantos
no se detengan;
también los peces
junto á las perlas nadan
sin detenerse.

IX.

No hace que te conozco más que un año,
nada más que un invierno,
¡y ya somos los dos una sola alma!
¡y ya somos los dos un solo cuerpo!

CANTARES

Cual palomas mensajeras,
así van mis pobres versos,
buscando siempre su nido,
buscando siempre tu seno!

I.

Te conocí en el Paseo
el día de Carnaval...
Eras la única persona
que no llevaba disfraz.

II.

No extrañes que desde entonces
no me aparte de tu vera,
pues las moscas se detienen
donde el azúcar encuentran.

III.

Anda, vé y dile á mi madre
que te dé su corazón...
Sólo así podrás quererme
tanto como te amo yo.

IV.

Si este amor me deja un día,
por no caber en mi pecho,
no lo busques; cuando mueras,
lo encontrarás en el cielo.

V.

Cuantos quieren ver la aurora,
la buscan por la mañana...

Yo la encuentro á media noche
en los ojos de tu cara.

VI.

Junto al portal de tu casa
mi corazón coloqué,
para que salir no puedas
sin que lo pisen tus pies.

VII.

Todos los hombres que vieron
el diamante que hallé yo,
todos estúpidos fueron,
porque falso lo creyeron
y ninguno lo cogió!

VIII.

Yo no sé que siento,
cuando así me miran
tus ojos azules;
parece que mi alma
se eleva, se eleva
y hasta el cielo sube.



RIMAS Y CANTARES

I.

Un día de máscaras era
cuando te empecé á adorar...
Quizás nuestro amor acabe,
como acaba el carnaval.

II.

Un gran favor te pedí,
sólo por probar tu amor,
y entonces te conocí...
Me negaste el favor,
y te burlaste de mí.

III.

Ahora con más calma pienso
que hice bien al despreciarte;
pues no tienes corazón
ni siquiera para odiarme.

IV.

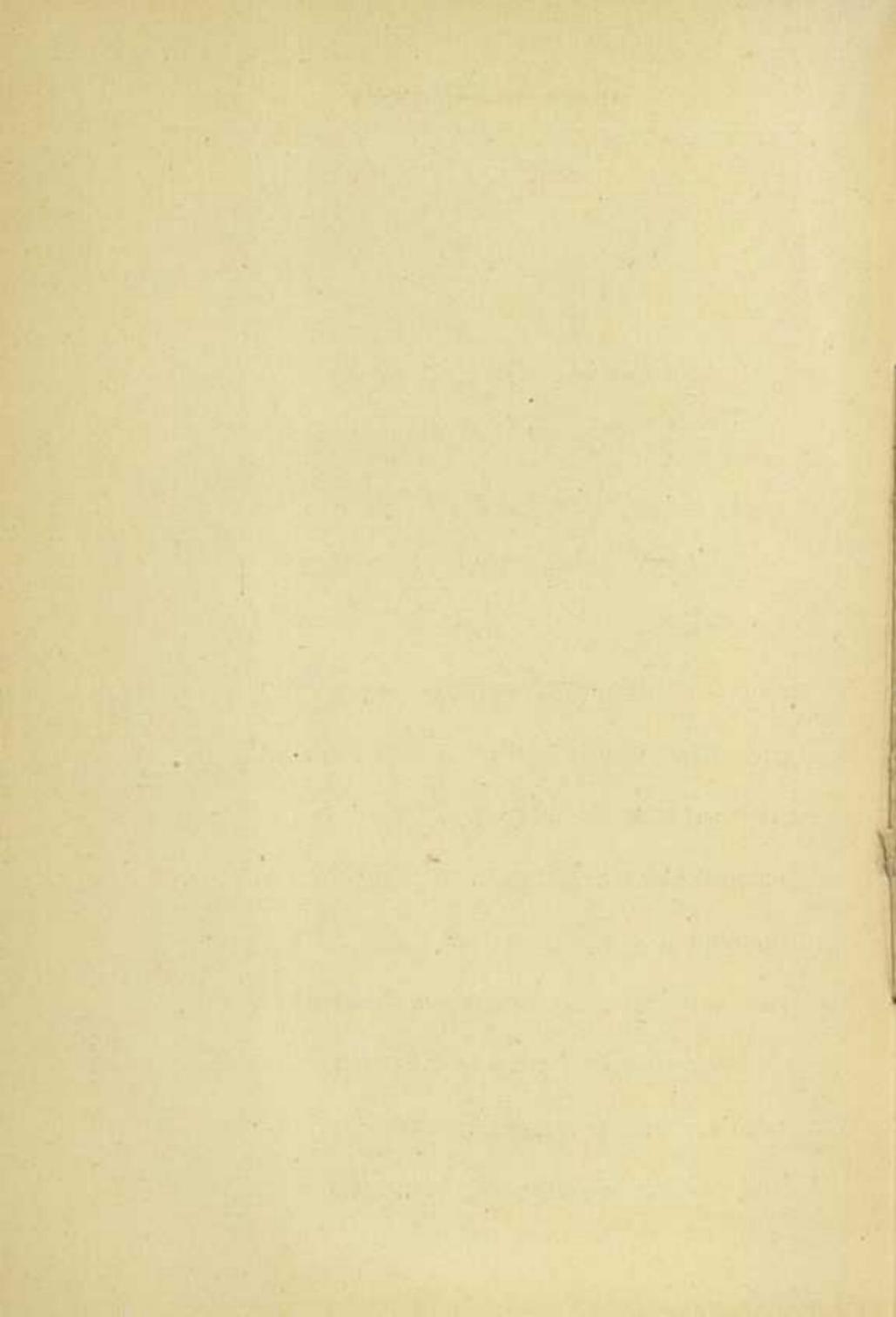
Eres blanca, cual la Juno,
cual la Judith, la Cleopatra
y cual la Venus de Milo...
¡Como que eres una estatua!

*
* *

Tienes muy rubio el cabello,
tienes muy bella la cara,
tienes de virgen las formas...
¡Ay, pero eres una estatua!

*
* *

Tu cuerpo fué fabricado
con mármoles de Carrara
y oro y zafir del Oriente...
¡Por eso eres una estatua!



ADIÓS.

Adiós... No te aflijas.

Adiós... Dame un beso,

un beso del alma,

que moje mis labios y endulce mi pecho,

un beso que suene,

perdiéndose en ecos,

que suene y parezca

que son muchos besos que estallan á un

[tiempo.

Adiós... Aunque marche,

contigo me quedo:

se queda mi libro, se queda mi lira,
se quedan mis versos...

Adiós... Aunque parta,

conmigo te llevo:

me llevo tus flores, tus cartas, tu rizo,
tu amor, tu recuerdo...

Adiós... No suspires,

no llores, que pronto, muy pronto, yo

[vuelvo.

Escucha! Ya bajan silbando del monte
las primeras brisas heladas de invierno...

Pues yo volveré, y antes que se caigan
las primeras flores que den los almendros.

Verdad es que parto á lejanas tierras,
detrás de las ondas del Oceano inmenso.

Pero tú no sufras... Yo soy golondrina
que recuerda el nido que dejó desierto,

yo soy como el ave
que se va muy lejos,
yo soy como el ave que se aparta mucho,
pero vuelve luego.
¡Adiós... No suspires.
Adiós... Dame un beso
que moje los labios, un beso que suene
perdiéndose en ecos,
que suene y parezca
que son muchos besos que estallan á un
[tiempo!

Noviembre 1899.



Este
libro se terminó
de imprimir en Granada
el día 25 de Noviembre
del año 1899.

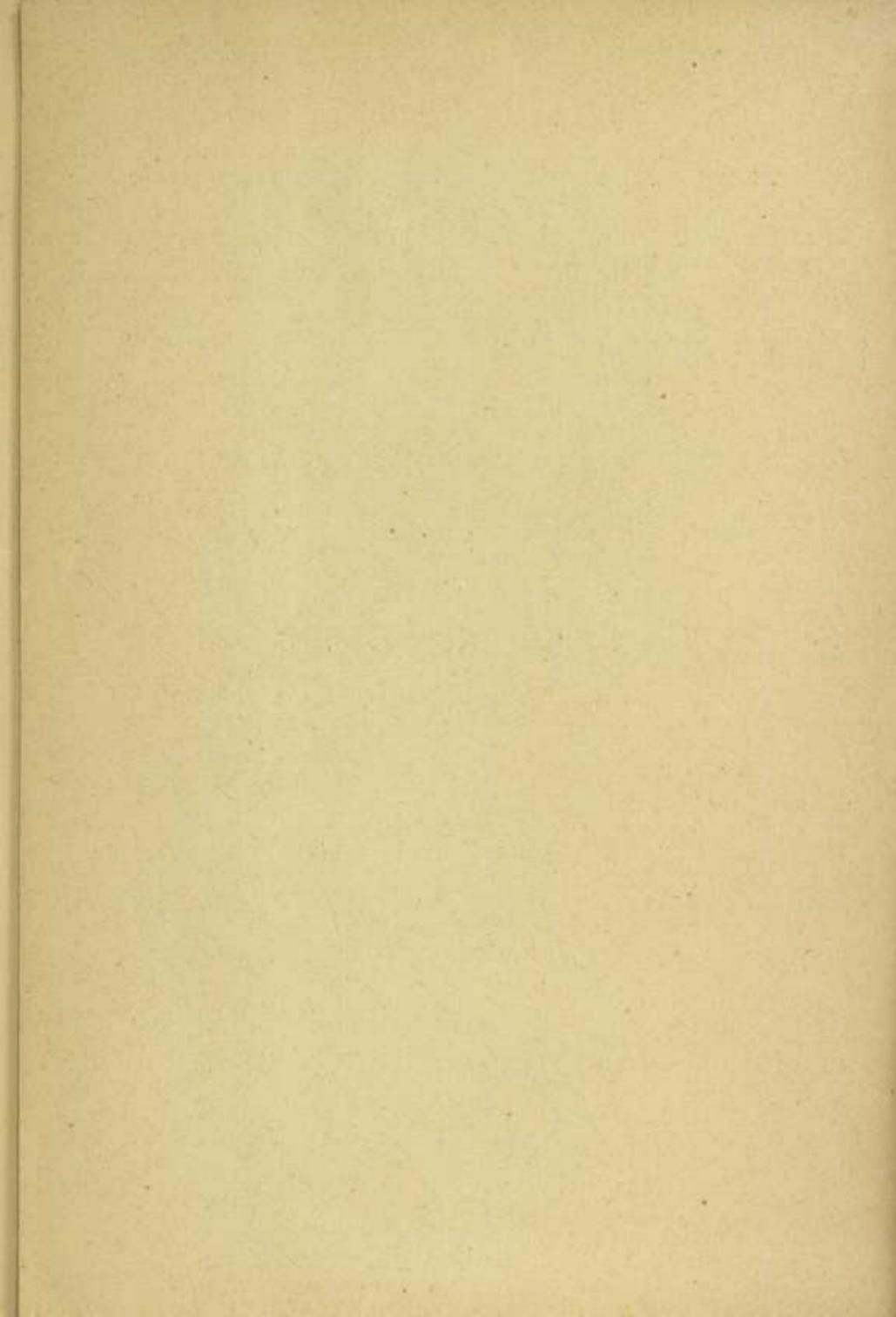
ÍNDICE

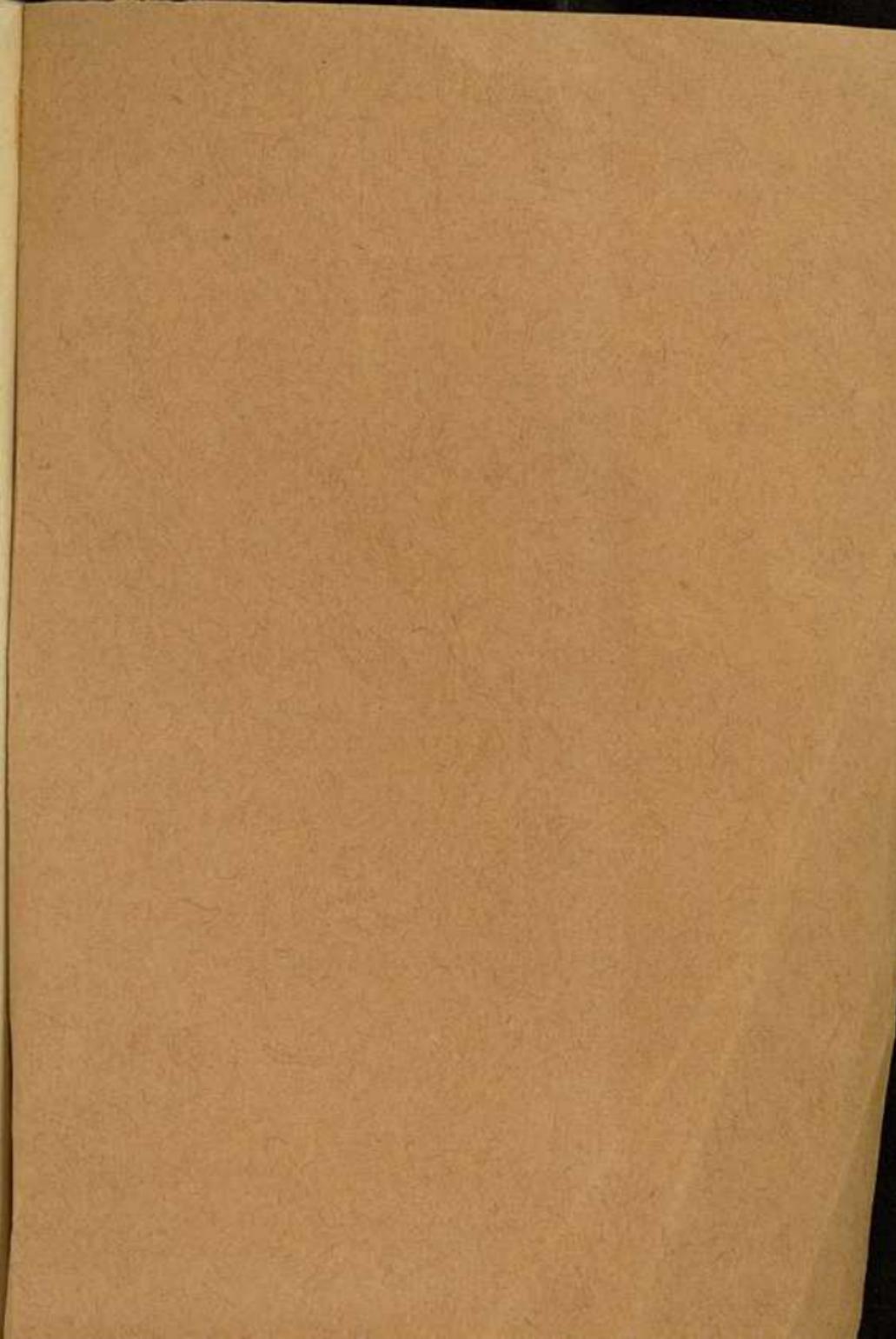
	<u>Páginas.</u>
Prólogo	7
Dedicatoria. A Carmita Rivero . . .	25
Granada. A Nicolás M. ^a López . . .	31
Sierra Nevada. A Miguel M. ^a Pareja.	43
La Alhambra. A Salvador Amill . . .	49
Crepúsculos granadinos. A Juan López.	57
La guitarra. A F. Seco de Lucena . .	61
Desengaño. A Pablo Alfaro	63
Fragmento. A D. Francisco de Paula Valladar	65

El inmutable. A D Matías Méndez Vellido	69
Las dos auroras. A Francisco Fi- gueroa	71
Ojos azules. A. Roberto Pérez . .	73
La ví lejos... A Diego Marín . . .	77
Amorosa. A D. A. Afán de Ribera .	79
La mejor tumba. A Libertad Torres.	81
Nuevo amor	85
El primer beso.	87
No temas	91
Bajo la parra	93
Felicitación.	95
Pasional.	99
Tú y yo.	101
El triunfo	103
Soneto	105

Ayer y hoy.	107
La reja	109
Sobre la rosa	111
Epitalamio	113
No es raro	115
Ausencia	117
Rápida	119
Íntima	121
Rimas	123
Cantares	129
Rimas y cantares.	133
Adiós	137







OBRAS DEL MISMO AUTOR

América. (Estudios históricos y filológicos). Agotada la primera edición.

Etimologías americanas. (Vocabulario de palabras castellanas procedentes de lenguas y dialectos de América). En prensa.

EN PREPARACIÓN

Literatura americana.

Los poetas de mi tierra. (Estudios críticos).